

Página 12 cumple



16 relatos de ficción sobre el mundo después de la pandemia.

ESCRIBEN:

 GABRIELA
CABEZON
CAMARA

 MARTA
DILLON

 MARIANA
ENRIQUEZ

 JOSE PABLO
FEINMANN

 JUAN
FORN

 RODRIGO
FRESAN

 MARINA
GLEZER

 HORACIO
GONZALEZ

 ENRIQUE
MEDINA

 MARIA
MORENO

 MARTIN
PEREZ

 CLAUDIA
PIÑEIRO

 SANDRA
RUSSO

 PEDRO
SABORIDO

 GUILLERMO
SACCOMANNO

 CLAUDIO
ZEIGER

ILUSTRAN:

 IÑAKI

 DANIEL
PAZ

 POWERPAOLA

 MIGUEL
REP

Las muchas
amenazas a la vida

Quieren más

POR GABRIELA CABEZÓN CÁMARA

Está parada. Se le refleja la panza naranja en el charco marrón. Llegan dos más y también meten las patas. Otras tres o cuatro picotean algo alrededor, en el barro. La pionera se agacha, apoya la panza en el agua, sacude las alas. Varias veces. Las sacude con esa electricidad que tienen los movimientos de los pájaros cuando no vuelan. Vuelvo la vista hacia esto que estoy escribiendo y escucho algo que no sé bien qué es, como un rumor fuerte de hojas. Levanto los ojos y las veo volando con la precipitación que dispara una amenaza. Suenan a viento en los árboles. Cuatro o cinco ráfagas breves. Vienen los perros, entiendo enseguida pero después que ellas. Corren en línea recta y no reparan en las palomas que sí reparan en ellos, suben a las ramas, desparraman algunas gotas que sé pero no veo. Los perros corren como flechas hacia los vecinos que van a pasar caminando por nuestra calle de tierra medio minuto más tarde. Los vecinos reparan en los perros cuando los tienen encima. Les pego un grito y, no siempre sucede, me obedecen. No tengo que ir a buscarlos a la calle esta vez. Casi nunca pasa nadie. Desde que empezó la cuarentena, pocos autos y alguna bicicleta de los que van, me imagino, a comprar víveres al pueblo. Estos cuatro de hoy, los primeros que veo pasar por la calle caminando en dos meses, están contentos. Van muy juntos, no usan barbijo, están haciendo alguna forma de gimnasia, se ríen. Los perros se conforman con ladrarles desde la puerta como si, ellos también, sintieran miedo de contagiarse. Cuando los gimnastas llegan a la esquina, los perros se vuelven para el fondo. Pasó el peligro. Los grillos cantaron todo el tiempo, sin reparar en las palomas ni en los perros ni en los vecinos. No sé en qué reparan los grillos. Ni siquiera sé dónde es que están todo el tiempo que están presentes para mí. Cuando cantan. Son casi las seis y está atardeciendo: la luz dorada, las sombras que primero se alargan y después se ensanchan y listo, el cielo azul y algunos racimos de estrellas.

Hoy, a los vecinos de ayer, se suma otro, uno verborágico y encantador, que viene a preguntarnos algo, nos saluda con un beso, habla de la inmunidad de rebaño. Le tenemos cariño, es lindo saludarlo con un beso, pero algo no está bien. Sumado a los cuatro de ayer, lo que se nos abre es una fisura a lo que estaba cerrado hace dos meses. Decido estar más despierta y no permitir por ahora que nadie me salude a los besos aunque me guste. Voy al chino. Es mediodía. El cielo está celeste, casi transparente. No asombraría ver el paso de un cometa. Pero veo una garza grande, blanca, blanquísima, volando tranquila, como si el mundo fuera suyo, en un borde del cielo. Y me asombro. Como me asombro de la liebre cada vez que pasa corriendo por el

jardín. De los caballos de un vecino del fondo del barrio cada vez que se le escapan, la forma amorosa en que los más grandes ponen el cuerpo cerca de la calle y dejan a los más chicos trotando contra los cercos. Cómo tranquilamente se nos han metido en el jardín y se quedaron a pasar la noche comiendo pasto. Y los árboles de palta que recién habíamos transplantado. Como los cuisés cuando salen de los yuyales de lo que por suerte

está preñada de inminencia, como si contuviera fuerzas en disputa, una batalla que va a estallar en forma de lluvia y rayos. O no. Quién sabe. Y todo esto pasa ahora: los vecinos anti cuarentena, los animalitos paseando como si no les hubiéramos arrebatado cada rincón del mundo entero y no hubiéramos hecho de sus pequeñas, hermosas vidas, un infierno casi constante.

Ahora, cuando se siente, como esta



todavía no es vereda —y espero que no lo sea nunca— a pararse en medio de la calle de tierra y hacer cosas con sus manitos. Como las floritas que crecieron en el pasto que hace bastante que no cortamos: tenemos olitas verdes de espuma rosa. Teletrabajo. A destajo. Pero desde acá. Ahora, por ejemplo. Estoy escribiendo en la cama. Por la ventana veo como se gesta una tormenta. El cielo cada vez más gris, sí, pero sobre todo el sol pálido. Y en la quietud que se rompe unos instantes, por pequeñas ráfagas que agitan las ramas, y vuelve. La atmósfera

inminencia de tormenta, una preñez de estallido: se están librando batallas feroces en las que poco podemos hacer desde nuestros confinamientos. Lo vengo leyendo. Hoy, me llega un mensaje de una amiga. Me cuenta que acaba de escuchar en una radio a un lobbysta de la megaminería diciendo que lo suyo es necesario. Que la crisis lo vuelve perentorio. Que la megaminería será sustentable y traerá prosperidad. Me prendo fuego. Sustentable no ha sido, no es y no va a ser nunca por los procesos y las sustancias que utiliza en la extracción.

Y gestora de la prosperidad de los pueblos en los que asienta sus explotaciones tampoco. Tomemos un ejemplo de dolorosa contemporaneidad. Bajo La Alumbra, pionera de la minería a cielo abierto en el país, la que se anunció hace 20 años como progenitora de la prosperidad de Catamarca sin dañar sus ecosistemas. ¿Qué pasó? Catamarca sigue con niveles de pobreza altísimos que no la distinguen del resto del país. El río Angalgala —que con sus aguas permite que en la zona se puedan cultivar aceitunas, viñedos, nueces, duraznos, la crianza cabras y ovejas y la vida de los seres humanos— está fuertemente contaminado: tiene 20 mil veces más arsénico, 5 mil veces más cadmio, 10 mil veces más mercurio que lo permitido por la ley nacional y cantidades enormes de plomo, según detalla una nota de Revista Crítica de marzo del año pasado. Su ex CEO, Julián Rooney, fue procesado y embargado hace un año como partícipe primario en la contaminación ambiental con metales pesados. La pobreza sigue. No se va a ningún lado, a diferencia de los metales extraídos. Y la contaminación, que amenaza con impedir cualquier actividad económica propia de la región, la aumenta. El extractivismo es riqueza para muy pocos, miseria para las mayorías, desiertos envenenados para nosotros y nuestros hijos y para los hijos de ellos y así por muchas generaciones. En el caso de que el desastre climático las deje nacer: el capitaloceno está rompiendo el sistema climático planetario. Y no puede controlar las consecuencias. Todavía nos duelen las imágenes de los incendios en la Amazonía brasileña. En la Chiquitania boliviana. En Australia. Hay una extinción masiva en marcha. Y quieren más. Más minería, más desmonte que acaba con ecosistemas enteros para más monocultivos transgénicos que piden más pesticidas cancerígenos, más fracking, más carbonización. Más calor. Están apretando arriba. Abajo también. Pero lo de abajo se cuenta en muertos de los que no suelen salir en los diarios.

Se empieza a resquebrajar la calma tensa de la cuarentena. Va a estallar en pobreza. Los extractivistas de toda laya están librando una batalla para imponernos la ley que nos impusieron siempre con la mentirosa promesa de prosperidad de siempre. Acá se desató la tormenta. La luz se cortó al primer rayo. Busco velas. Salgo poco y con barbijo y guantes. La última vez que salí me olvidé de comprar velas, compruebo. Mañana. Cuando, si la tormenta cede, las palomas, los benteveos y las calandrias estén bañándose de nuevo en los charcos y los perros corriendo y los cuisés haciendo cositas con sus manos.

Ojalá siempre sea así, que la vida recomience.

Eso es lo que está amenazado.



Soñar con agua,
unirse a los otros



Con los demás

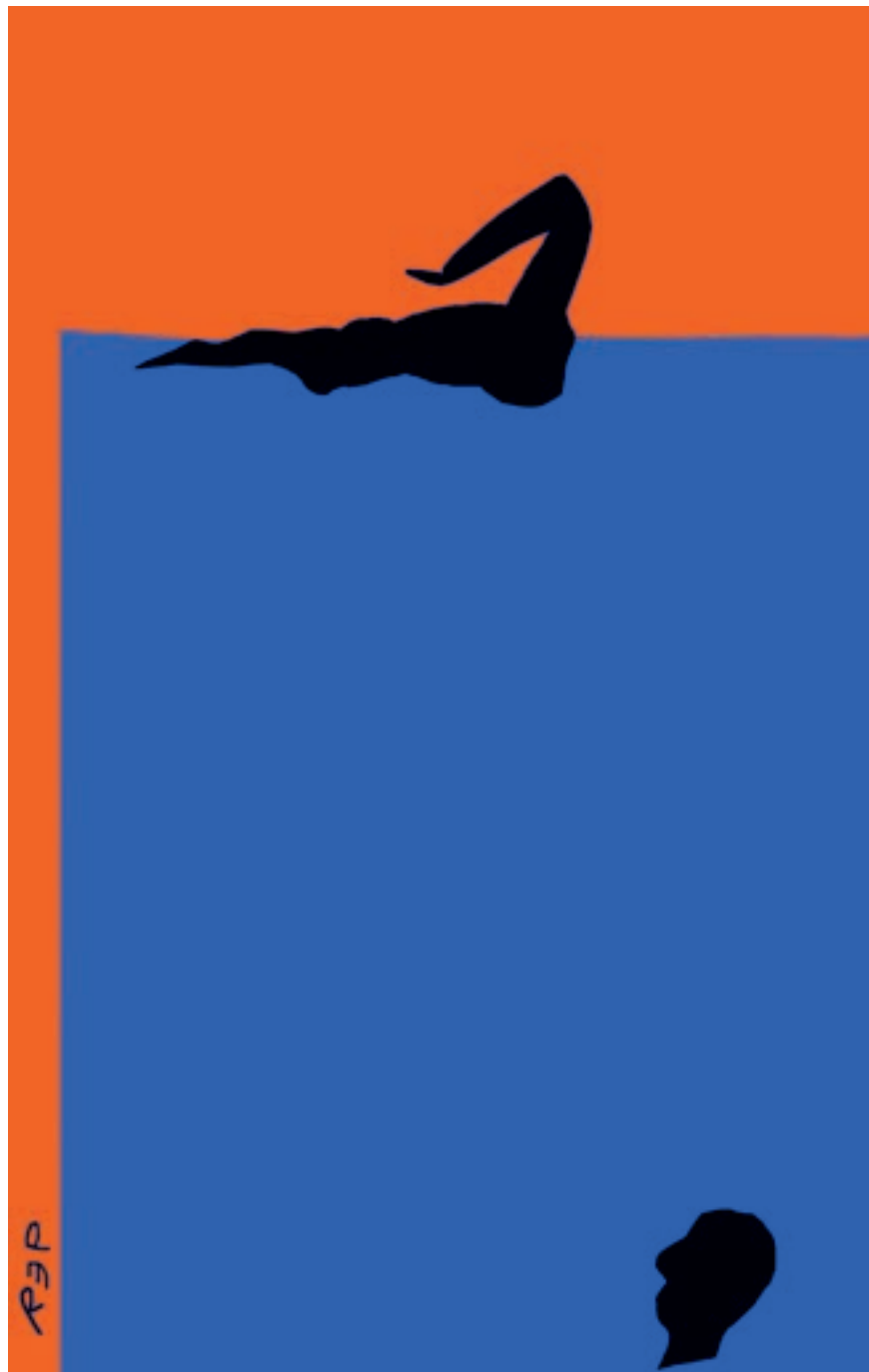
POR JUAN FORN



A noche, mientras llovía torrencialmente acá en el bosque como sólo llueve en las películas vietnamitas, soñé que nadaba en Buenos Aires. Yo no era el único: se trataba de un servicio que la ciudad ofrecía democráticamente a sus habitantes. El recorrido que me tocó a mí (había varios) empezaba en el Palacio de Aguas de la Avenida Córdoba y terminaba en los lagos de Palermo, con paradas intermedias: algunos de los nadadores emergían junto al Planetario, otros en el Rosedal, y había quienes se aventuraban hasta los inmensos piletones de Obras Sanitarias junto a la Avenida Lugones.

El trayecto era por momentos subterráneo, por momentos al nivel de la calle pero bajo techo y por momentos al aire libre, cuando el recorrido coincidía con los espacios de agua de plazas y lugares públicos. Los canales por los cuales circulábamos eran de lecho azulejado y el color del agua variaba entre el celeste y el verde muy claro, según la iluminación y la pendiente de cada tramo. Era ocioso determinar en qué momento íbamos en línea recta y cuándo se hacía sinuoso el trayecto: sólo había tramos en los que uno se dejaba llevar por la corriente y otros en que había que intensificar las brazadas. El protocolo era parecido al que rige a los paseantes un día cualquiera por una calle peatonal: nadie chocaba con nadie, nadie intentaba adelantarse ni abrirse paso con prepotencia. El efecto de fluidez que impone el agua a todo cuerpo que flota atenuaba todo roce y urgencia: circulábamos como si fuera un feriado mental, por así decirlo, aunque sé —como se saben las cosas en los sueños— que era una jornada laborable, bien entrada la tarde, en esa hora multitudinaria en que la mayoría de la gente sale de su trabajo.

Habrán visto quizás, en alguno de mil documentales que había sobre sobre China en internet, cuando existía internet, una escena crepuscular en una enorme plaza de Pekín, donde miles y miles de chinos hacían tai-chi, unificados por la sincronización de sus movi-



mientos y la uniformidad de su vestimenta: el característico conjunto de pantalón y casaca gris azulado, igual para hombres y mujeres, de breve o avanzada edad. Recordarán seguramente el momento en que, ya caída la noche, terminaba la rutina de movimientos y la multitud recuperaba su individualidad al dispersarse.

Exactamente así íbamos saliendo todos del agua en mi sueño, al final de aquel recorrido: como quien vuelve de una dimensión donde fue plural, donde fue parte indiferenciable de algo. Todavía me queda un último recuerdo de la expresión (o, mejor dicho, del estado de ánimo) de aquella gente en el agua, que seguíamos conservando todos cuando terminaba el recorrido y volvíamos a pisar tierra firme, para rumboar hacia nuestros respectivos destinos. Pero sé que incluso eso habrá de esfumarse en breve de mi memoria, tal como se dispersaban y perdían de vista por los arrabales de Buenos Aires todas aquellas personas a medida que salíamos del agua.

¿Qué traemos adentro cuando salimos de un sueño? ¿Y cómo se puede prolongar ese instante en que, aunque ya seamos de nuevo nosotros, todavía seguimos siendo parte de esa otra textura de las cosas? Me refiero a aquel fluir, aquella deriva fraternal a falta de una palabra mejor, ese perfecto y distraído sincro con los demás, como aquellos chinos que hacían tai-chi, como los sonidos dispersos de la tarde se van sumando hasta armar la perfecta música de fondo del atardecer. Mi abuela, que era una cristiana renegada (con el acento en renegada), decía que la única comunión que era capaz de concebir era la del sueño. “Dormite, así te juntás con los demás”, me murmuraba en el oído cuando se asomaba al cuarto donde dormíamos todos mis primos y me oía dar vueltas insomnes en la cama. No sé si los sueños hablan del pasado o del futuro, pero en este instante líquido y panorámico en que escribo estas líneas me alcanza con la idea de que hubo un tiempo, o lo habrá alguna vez, en que seremos o supimos ser así.

MUCHAS
FELICIDADES
EN ESTE DÍA TAN
ESPECIAL

Con motivo del 33° aniversario, les enviamos un cálido saludo
y les agradecemos por su valiosa tarea.

VIVAMOS VICENTE LÓPEZ





El mundo de la cuarentena de la covid-42



Edificio Mayor, piso diez

POR MARIANA ENRIQUEZ



La luz del cilindro desinfectante es hermosa. Salgo a mirarlo todas las noches: está prohibido permanecer en el balcón del décimo piso —el único— pero la mujer de guardia sabe que yo no me arrojaría al vacío. Ni yo ni ninguno de los que vivimos en el Edificio Mayor. La restricción es un anacronismo impuesto a la primera generación de inmunes aunque ellos no eran suicidas: intentaban huir, nada más. Nosotros sabemos que escapar es imposible. El Edificio Mayor es el más custodiado del Sector Sur y un intento de fuga es reprimido en segundos. La guardiana lo

lado de las lágrimas. NJC volvió tres días después al balcón y volvimos a observar el derrotero del cilindro desinfectante. Gira rápido y cambia de tamaño según si recorre calles estrechas o avenidas. Se adapta. La luz que emite, junto al desinfectante que rocía, mata al covid-42, que se mantiene durante horas en el aire. Azul de neón al principio, que obliga a cerrar los ojos: la luz atraviesa los edificios transparentes y la ciudad brilla como si estuviera hecha de estrellas. Después, en la segunda fase, el azul se oscurece y es como si pájaros negros descendieran para tocar los edificios y los autos que nunca

sin máscaras en la calle. A mi me dan risa. NJC dice que es cierto, que hace muchos años no se usaban máscaras fuera de las casas porque los virus no vivían en el aire. Pero NJC está débil y cuando los inmunes nos debilitamos, solemos soñar con paraísos perdidos.

Después de las luces azules del cilindro desinfectante llegan las luces rojas, las cazadoras. Se usan para atrapar rebeldes y sobre todo protestantes, aquellos que quieren liberarnos, los que creen que nuestro destino es injusto. Hacen reuniones secretas, se dice; diseñan trajes para burlar a las cazadoras. El covid-42 ataca

un grupo intentó ingresar al Edificio Cuatro. Ahora ya casi no hay protestantes activos. De todos modos, los rayos rojos recorren la ciudad cada noche: detectan los movimientos físicos no controlados. Las luces rojas son tan hermosas como el cilindro pero mucho más emocionantes. Se meten en rincones, iluminan sombras movedizas, se deslizan como gotas en una pared húmeda. A veces la ciudad parece arder y otras bailar.

Si encuentran a alguien deambulando, la persona es sospechosa de protestante. NJC me dijo una noche, en el balcón, que sencillamente es gente que

rompe las reglas, que los protestantes ya fueron eliminados, que la caza es una excusa. ¿Por qué quieren salir?, le pregunté. No todos están conformes con una vida de encierro y transparencias y transplantes, me dijo. Tuvimos la suerte de ver, juntos, cómo las luces atrapaban a un cuerpo deambulante. NJC me tomó de la mano y miramos la extraña danza de la luz roja con el cuerpo. Lo encontró. Lo rodeó. El cuerpo se resistía, apenas. La luz roja lo levantó en el aire y, una vez que estuvo bien lejos de los edificios, incluso más arriba del balcón de nuestro piso 10, lo hizo estallar. Podrían matarlos de otra manera, sin esta lluvia de sangre y vísceras, me explicó NJC, pero sería menos espectacular. No sería una lección. Miramos cómo la sangre se mezclaba con la lluvia. En los edificios todas las luces estaban encendidas. Todos los ojos mirando el cuer-

po, ahora apenas un resto humano, tan rojo como la luna. Esa noche NJC me hizo prometerle que, en nuestro próximo encuentro, iba a describirle en detalle por dónde se paseaba el cilindro, qué juego de luces hacía, si los rayos rojos encontraban a algún rebelde, si la luna seguía enorme y ensangrentada. Entendí que me lo pedía porque se acercaba su próxima donación y me alegré porque supe que iba a entregar sólo las córneas y aún nos quedaba tiempo. Todavía quedaban noches para nosotros en el balcón, respirando juntos el aire envenenado que no podía matarnos.



sabe y por eso me deja mirar la ciudad al aire libre. En general estoy sola pero a veces, muy pocas, vienen inmunes a acompañarme. Yo espero sólo a NJC. La primera vez que lo vi pensé que era una chica, una adolescente, hasta que habló. Es muy delgado porque ya cumplió con dos donaciones importantes. Tiene el pelo fino y a veces le tapa la cara cuando el viento se lo desordena. Una vez se sacó un mechón de la boca y se rió con una carcajada que yo nunca antes había escuchado, una explosión de alegría en el silencio del piso 10. Me reí y lloré por primera vez, sorprendida por el sabor sa-

paran de circular. Caminar fuera de los edificios está prohibido; también está prohibido visitarse, por eso todas las paredes son transparentes y la luz es tan hermosa cuando se vuelve violeta y se combina con las miles de pantallas y las personas iluminadas y la luna roja de la cosecha, así la llama mi médica, que es una sobreviviente del covid-40 y recuerda las historias de sus bisabuelos que vivieron el año 0 del covid-19. Ellos creían que iba a volver la normalidad, dice mi médica. No sabe a qué se referían con “normalidad”, nadie lo recuerda. Hay mitos sobre parques abiertos y sobre caras

los órganos vitales y la única solución, la única cura, son los transplantes; los inmunes somos los donantes. Los inmunes somos poquísimos y muy valiosos. Todo puede clonarse, claro, la comida y los animales y las personas, pero no pueden clonarnos a nosotros ni a nuestros órganos. Los investigadores no saben por qué y trabajan sin descanso y sin resultados. Los protestantes creen que se trata de intervención divina, de un milagro, y que es nuestro derecho vivir en el mundo: no tenemos por qué ser la reserva orgánica de la inmensa mayoría que se enferma. A veces hackean las redes; hace cinco años

No hace falta mas
que nos entretengan

Cómo fue que nos convertimos en televisión

POR PEDRO SABORIDO

En Gerli, son muy conocidas las profecías del Gordo “Noslafumamus”. Un tipo al que apodan así por su capacidad de predecir el futuro y por su costumbre de buscar por sus bolsillos esas colillas de cigarrillo de marihuana denominadas “Tucas”. Las encuentra y dice “Nos la fumamos”. Después de una seca empieza a proclamar sus profecías.

Un día, hace diez años, profetizó y acertó el esguince de tobillo de un centroforward de Arsenal, la visita de Joaquín Morales Solá a un Garbarino para comprarse un Kohinoor y las modificaciones en el presupuesto y tasas de recuperación 2012 del BID. Sin embargo, la que causó mayor impacto fue la que dijo al final:

–“En una década, todo seremos Romay”.

SER ROMAY

Coincidente con esto, hace una semana, la señora Teresa M. de Birmatti, vio cómo su esposo se había convertido en Alejandro Romay (un legendario dueño y programador de canal 9 de televisión) durante 2 horas 15 minutos.

Ella nos cuenta:

–“De repente lo veo y no puedo creerlo.

–Roberto estas hecho Romay! –le dije

–Uy... si –me dijo él mirándose al espejo –estoy igual al popular Alejandro. ¿Qué habrá sido?

–Para mí es porque te la pasás mandando videítos a tus amigos.

–¿Te parece?

–Claro. Estas meta mandar videítos con chistes de loros y monjas, mujeres desnudas que te saludan, Los Beatles cantando folclore o la marcha peronista. Dele que te dele repartir entretenimiento.



–Claro –dijo él. Yo soy como el gerente de Programación de los demás y de mí mismo. Entretengo y me entretengo con videos bobos, con noticias, comentarios, etc. etc. Me he convertido en una especie de canal de televisión persona a persona. Un Teleroberto o un Robertofé. –me dijo.

Imagínese usted entrar a la pieza y ver a su marido hecho Romay. Sin embargo, me lo tomé con calma y le pedí que parara de enviar y compartir videos. A las dos horas, volvió a su aspecto normal, que no tiene nada que ver con

Romay. Pero a la noche no se aguantó, y empezó de nuevo con los videítos. Se trasformó de nuevo. Pero esta vez tomó el aspecto de Yankelevich. Enseguida aflojó y al rato ya estaba con su habitual aspecto de Roberto.

EL ENCUENTRO

“Como un pan esperando un chorizo, la tecnología y la enfermedad se encontrarán para ser el choripán de una nueva cotidianeidad” dijo el Gordo en el Buffet del club Cideco, cuando se quedó observando cómo, por su nivel de fuméz, había armado un sándwich con un chorizo en medio de dos celulares, casualmente, dos Motorolas de funda beigecito, lo que ayudaba a la imagen. Todos vieron entonces en el chorizo la enfermedad, si había que seguir la metáfora.

–“Je suis el chorizo... nous sommes la enfermedad”, dijo cerrando la idea, para después profetizar que los bonos 2021 del Banco de Bélgica perderían porcentualidad nominal interanual, Beatriz Sarlo descubriría el gusto por la sandía en octubre del 2019, El Porvenir estaría peleando otra vez el descenso y por un fenómeno de salud mundial aparecerían delfines en la Plaza Alsina de Avellaneda. Todos tomaron nota.

TECNOLOGIA Y PANDEMIA: DOS POTENCIAS SE SALUDAN

Teresa M. de Birmatti entendió que las cosas habían cambiado cuando vio que su marido se transformaba en distintas personas en solo segundos.

–Así como se transformaba en Romay, desde que estamos en aislamiento empezó a transformarse en Fantino. Pero por ahí, te das vuelta y es el Gato Sylvestre. A veces veo la transformación misma: es un Nelson Castro y de pronto empieza un efecto especial

como el del video de Michael Jackson y... ¡tuc! Se hace Polino.

La señora entendió que esto que sucede porque Roberto no para de hacer reuniones por zoom, Jitsi Meets, etc.

–Es uno más de ellos, por eso se convierte en ellos –deduce.

Trabaja, va al médico, hace gimnasia, hace reuniones de la comisión del club, y hasta se junta con los amigos, donde goza de usar la aplicación de Zoom para cambiarse de fondos.

–Un boludo. Se pone una Casa Rosada de fondo y hace que baila como Macri o pone una vagina, se hace una línea con marcador en la pelada y bueno... igual siempre fue así de idiota. Pero ahora televisado.

“Todos seremos la Susana Giménez del otro. Y el otro será nuestra Susana Giménez”, dijo alguna vez el Gordo “Noslafumamus”. El sueño de aparecer en tele ahora es para todos. No sabíamos que sería con este costo.

–No hace falta ya más que nos entretengan y nos empelotudicen. Ahora nos lo hacemos gratis unos a otros –concluye la señora Teresa, antes de cerrar su relato.

–Roberto a veces en las transformaciones se queda a mitad de camino entre un famoso y otro. Ayer se quedó mitad Horacio Pagani, mitad Darío Sztajnszrajber. Estuvo una hora enojado y cagándome a gritos explicándome “Fenomenología del espíritu” de Hegel. Aprendí mucho. Además por suerte Roberto últimamente se puede transformar a pedido. “Haceme un poco de Claudio María Domínguez que estoy angustiada”. le digo. Y se transforma y me calma. Está bueno. Roberto ahora es ondemand. La verdad es que estoy contenta que se haya convertido en televisión.

La Provincia de Misiones saluda a Página 12 en su nuevo aniversario.



Gobierno
de Misiones



De la fiebre amarilla
a la covid-19



El cuadro

POR MARÍA MORENO



El lienzo en blanco no se parece a la página en blanco. Hay en él una sensualidad en potencia donde las figuras que vendrán ya proyectan su fantasma brumoso, como en las papeles que flotan en el líquido de revelar y que un fotógrafo mueve con una pinza. Además el pincel puede cargar más grueso que la mariconería de la pluma fuente o la negrita de una garamond en la pc baqueteada —el pintor siempre piensa en un escritor contemporáneo, un *pithecanthropus* informático deliberado como él—, ¡ah, en cambio, el pentimento y sus invenciones infinitas! El escritor, es cierto puede apretar “supr” cuanto quiera pero eso no lo libera de la angustia mallarmeana, la posibilidad infinita de borrar es también la de que su texto jamás exista, reduciéndolo a la procastinación —en este caso infinita—, que es el *no ir de cuerpo* de las ideas. ¡Pobre infeliz: una sola caparazón con su teclado! El en cambio permanece de pie y el *de pie* le gusta porque es una metáfora política, mientras los pomos se amontonan sobre la mesa, ya algunos colores mezclados en sus hueveras, los trapos al alcance de la mano. Sus brazos se expanden para plantar la sección áurea, trazar los ejes clásicos y de paso, como es peronista, aprovecha para imitar los gestos del general cuando salía al balcón. No tanta jodita con los escritores que suelen ser también traductores y él intenta traducir, en este caso, un cuadro: *Un episodio de fiebre amarilla* de Blanes. Como le gusta el derecho viejo lo llamará *Un episodio de coronavirus*. No pintará a Ramona Medina en el hospital sino en cuarto de la manzana 35 de la 31. La pintará en la misma posición que la mujer de *Un episodio de fiebre amarilla* con un balde aún aferrado en la mano. El otro caído sobre el piso. No respetará la cuarentena: pintará a las hijas de Ramona, al cuñado y al suegro, todos juntos como familia. En primer plano: la canilla de la que no sale agua. No es realista, quiere respetar la genealogía simbólica del cuadro.

También Blanes hizo trampa cuando desplazó la oscura pieza de conventillo de la noticia salida en el diario a una habitación con puerta a la calle en Balcarce 284. Y pintó a los doctores Manuel Argerich y José Roque Pérez, miembros de la Comisión Popular

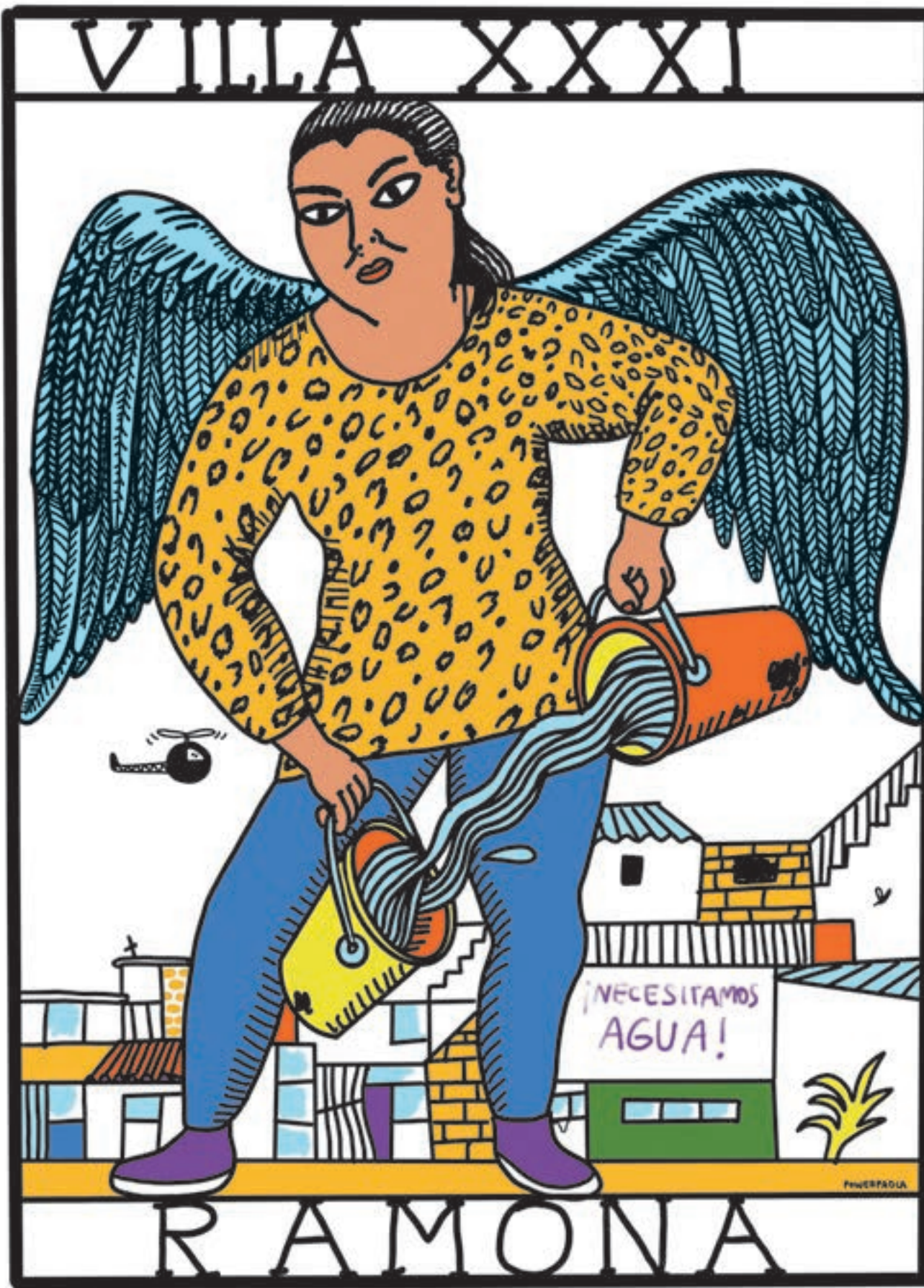
de salubridad que nunca estuvieron ahí. Los hizo entrar como a una “luz sanitaria” al cuarto oscuro. Blanes había expuesto el cuadro en el foyer del Viejo Teatro Colón donde el público, previo pago de 10 \$, se agolpó silenciosamente en una suerte de lo que Roberto Amigo consideró “duelo colectivo”. Expondrá el cuadro en el lugar que llama aún “Jardín Zoológico”, por burlarse de la expresión “aluvión zoológico” y para que las jaulas vacías sean un símbolo de los animales libres en las calles como esos carpinchos en Nordelta. O mejor en Puerto Madero, en el Puente de la Mujer, que las feministas interpreten lo que

quieran. Le pedirá al arquitecto Petrina que diseñe un laberinto borgeano transparente, un falso laberinto, en realidad, donde el pueblo haga cola deteniéndose en las marcas ubicadas a dos metros de distancia (las marcas serán de pies descalzos, mensaje subliminal de las patas en las fuentes) y se bese o haga gesto porno a través de los vidrios.

Berni pintó *Ramona obrera* en el 62. *Ramona costurera* en el 63. Pero ¿qué clase de villa era esa de paredes tan rococó? Cuantas veces ha gritado en las orejas de alguien.

—¿Cómo puede ser que Berni, el gran pintor argentino que estuvo buscando chapas por las villas, no encontrara una con un Perón vuelve aunque sea escrito con tiza? ¿Qué chapas raras encontró sin ningún “Viva Perón” o “Viva Evita”? ¡Me vas a decir que Ramona no era aunque sea simpatizante de Evita y no tendría un retrato de ella en su pieza? ¿Que Juanito no tenía padres peronistas? Sospecho que hay mucho de racismo en esto. Si por casualidad, cuando por Avenida de Mayo pasaban los que aplaudían a la Libertadora, un pequeño cascote rozaba a Victoria Ocampo hubiera habido un quilombo imparable y hoy existirían miles de cuadros en homenaje a esa lastimadura. ¡Dejame de joder!

Entonces moja el pincel en un negro intenso y pinta en un costado de la canilla “¡Viva Perón!” Ha terminado las dos siluetas con guardapolvos azules entrando por la puerta, los que han llegado tarde pero aún tiene a otros qué salvar: los familiares de Ramona. Le ha puesto los rasgos de Larreta a la figura que, en la puerta, se tapa la boca con un pañuelo (se lo reconoce por los ojos y la pelada, las cejas en forma de V invertida). Ha dejado un borrón en los rostros de los *sanitaristas*. Se la tiene que pensar bien ¿Y si mete al doctor Carrillo? ¿Y si entran Ginés y Alberto? Argerich y Pérez murieron en la epidemia. Hummmm: no querría ser fúlmine. Vacila. ¿Cómo se interpretará el sentido en su



elección de los personajes? Baja los brazos. Se ensombrece. Hasta que se le prende la lamparita de la picarresca *peruca*: poniéndose realista, casi documental moja en pincel en un celeste desvaído y les pinta los barbijos.



Aislamiento, persianas
y macetas secas



Antes del después

POR GUILLERMO SACCOMANNO



Sin cigarrillos, sin alcohol, sin clona. Primero duda de su voluntad pero la falta tiene su lado positivo: deja los cigarrillos, el alcohol y las pastillas. Camina el ambiente de una pared a la otra, desde la puerta hacia el balcón. Y otra vez hacia la puerta cerrada que no abre excepto al delivery. Hasta que no hay más delivery. La electricidad se corta. Se cortan el agua, internet, todo. Las últimas noticias que tiene del mundo son pronósticos de que tal vez no habrá después, sólo silencio y quietud. Lo angustia no saber de sus hijos. Pero están mejor sin él. El silencio puede ser una buena respuesta a los reclamos de sus seres queridos que, se da cuenta, no resultan tan queridos. El único ser querido que le queda es ese que ve palidecido y sin afeitar en el espejo. En una de esas lo mejor que puede pasarle es que todos lo olviden. Baja la persiana. Y cuando la quiere subir comprueba que se rompió el rollo. Imposible un service. Se adapta a la oscuridad como se venía adaptando a todo lo que no volverá. La diferencia entre el día y la noche está en esas rayas de luz que se filtran entre las varillas. Mueren los ricos,



mueren los pobres, y como fue siempre, más los pobres, y, en el medio, muere la clase media. Quiere rezar pero no se acuerda siquiera la letra del Padrenuestro. Tiene que pensar en frío, pero se descongeló la heladera. Se pudrieron los alimentos escasos que almacenó para un caso extremo, como si no fuera extremo en estos mañanas, tardes y noches comer el contenido de esas bolsas de plástico. Una noche deja de latir el reloj. Se convence que es un alivio no saber qué hora es. El miedo se le va extinguiendo. Un entusiasmo repentino lo invade. Decide salir al balcón. Escucha el gorgoteo de una canilla. Después el chorro. Un motor brusco, la heladera. También la luz ha vuelto. Seguro, también internet, pero ya no la necesita. Le da la espalda a todo lo que vuelve. La libertad no es sino la elección de un final. Arremete contra las persianas, las embiste. Le cuesta destrabar las varillas, arrancarlas. El resplandor lo ciega. Tropeziza con unas macetas secas. Mira hacia abajo. Los colectivos, los autos, esas hormigas en la calle, también volvieron. Pasa una pierna por encima de la baranda, después la otra.



¡Felices 33!

Desde Ituzzaingó queremos saludar a este medio de comunicación que tanto **hace valer los derechos humanos y la construcción colectiva.**

Gracias por contar y por hacer valer la vocación periodística.



La escafandra y la
amiga imaginaria



Un kilo de kiwis

POR SANDRA RUSSO



Daniel
PAZ

Leti no había entrado en la cuarentena con la conciencia de estar haciéndolo. El último día que había ido a la oficina el virus ya estaba en el país, pero recién se comenzaba a hablar de pandemia. Leti se despidió de sus compañeros con el desganado “hasta mañana” de siempre, pero esa no-

che, viendo la televisión, se sintió un poco afiebrada. Se tomó la fiebre: 36,5. Igual, al día siguiente prefirió quedarse en su departamento, y al otro ya no se podía salir, y la oficina cerraba. Muchas veces a lo largo de dos meses, Leti había lamentado no haber aprovechado mejor aquel último viaje en el 92, aquella ca-

minata de tres cuadas; recordaba con añoranza su paso por la puerta de la panadería, la vidriera donde estaban los pastelitos de membrillo salpicados de grana fucsia y rosa.

Vivía sola y tenía pocos amigos. Las primeras semanas al teléfono se le agotaba la batería dos o tres veces por día de

tantas redes y chats, pero una lenta inercia hizo que decayera su interés en el afuera. Las pocas veces que encendía el televisor, los números y los conteos la aturdían. Antes de apagarlo de nuevo agarraba el termómetro, que estaba en uno de los estantes de la biblioteca, sin dejar de mirar la pantalla. Estaba clava-

**LO SABEMOS DE BUENA FUENTE:
SON 33 AÑOS DE INCANSABLE
EJERCICIO DEL PERIODISMO.**

¡Felicitamos a Página 12 en este nuevo Aniversario!

 **SANCOR
SEGUROS**

Prevención Salud | Prevención ART | Prevención Retiro

do en 36,5 pero a Leti le parecía que su dolor de garganta iba empeorando, a veces, y otras veces que no era capaz de oler del todo el pescado que se cocinaba al horno. “¿Huelo o no huelo? ¿Será así el olor del pescado o será más fuerte y no me doy cuenta?”. Se hacía este tipo de preguntas.

Una mañana se despertó con el cuello contracturado, pero cuando estaba todavía en duermevela tratando de encontrar una posición más indolora, que era con la cabeza inclinada hacia la izquierda, vio en su cuarto a Tili, su amiga imaginaria de la infancia. Tili era flaca y alta, morochita de pelo largo y flequillo justo por arriba de los ojos. No le costó reconocerla. La sorpresa la hizo enderezar la cabeza. La contractura la obligó a volver a inclinarla. La veía torcida a Tili, que estaba un poco desdibujada pero no había crecido: era la misma que la que había dejado de ver treinta y cinco años antes.

–Boluda –le dijo Tili.

Leti reconoció su voz, que salía cristalina debajo del barbijo. Tili estaba igualita, pero había vuelto con barbijo.

–¿Estaré loca? –se preguntó Leti.

–No, Leticita, Leticita. No estás loca, Leticita. Vine porque andaba por acá. Pero si querés me voy.

–No –dijo Leti–, Tili, quedate. Te abrazaría si se pudiera, te juro.

–Leticita, soy imaginaria, no contagio.

–No sé, del virus todavía no se saben muchas cosas.

–Boluda –le dijo Tili.

–¿Vos decís que exagero un poco, no?

–Siempre exageraste –dijo Tili.

A Leti se le iba aflojando un poco el cuello. Pudo incorporarse para mirar mejor a su amiga, que se había sentado en el borde de la cama.

–Hace dos meses que no salgo a la calle. Pido todo por teléfono. ¿Viste cómo son ahora? –le mostró a Tili el celular–. A veces tengo ganas de bajar –dijo Leti y apenas lo dijo se tapó la boca con la mano.

–Bajá, boluda. Andá a la verdulería de enfrente. O a la carnicería de la esquina. Andá.

Leti agitó los brazos y eso fue suficiente para que Tili se esfumara. Se levantó, buscó en el canasto de la ropa sucia una remera y unas calzas, se puso medias, zapatillas, un gorro en la cabeza, un filtro abajo del barbijo, anteojos de sol que le tapaban el resto de la cara, una bufanda para cubrir el cuello, y por fin una pantalla transparente con elástico para pasarla por arriba del gorro. Se puso guantes de látex, dejó un trapo de piso con lavandina en la puerta del departamento, y llamó al ascensor.

Cuando la puerta se cerró y comenzó el descenso de los siete pisos que la alejaban de la calle, Leti se sintió totalmente segura de que necesitaba hacer eso, salir. Pisar la vereda, hablar con alguien. Abrió la puerta del edificio y allí estaba Guardia Vieja muy tranquila, a las once de la mañana de algún día hábil. Leti se encaminó hasta la verdulería. Había dos personas antes que ella. Tenían barbijo y guardaban distancia. Ella se paró tan a distancia que a los dos minutos una vieja se coló.

–Señora, estoy yo –le dijo a la mujer de pelo platinado que sostenía muchas bolsas con sus compras. La señora ni se inmutó. Volvió a chistarle y a decirle que ella estaba antes, que estaba haciendo la cola. La señora persistía en darle la espalda, y a Leti le vino el impulso de acercarse y aclararle que... ¡Distanciamiento!, le dijo su voz interior. Decidió que dejaría así las cosas. Esperó. Por fin le llegó el turno y vio la cara boliviana de Teresa, la verdulera.

–Un kilo de kiwis –le dijo Leti a la verdulera, que la siguió mirando. Leti no entendía la situación. Repitió: –Un kilo de kiwis.

La verdulera permanecía ahí parada, ya un poco impaciente, porque se habían juntado otros tres clientes atrás de Leti, que empezaba a sofocarse porque su escafandra hecha de retazos de plástico, lana, filtros y guata la ahogaba. Recién ahí tuvo el palpito de que no se escuchaba lo que decía. Vio que sobre el cajón de naranjas estaba la birome con la que la verdulera hacía las cuentas. La agarró con su mano de látex y escribió en el látex de su otra mano: kilo de kiwis. La boliviana le sonrió y se los vendió.

Leti volvió palpitante a su departamento. Entró y dejó los kiwis sobre la mesada antes de empezar con el largo ritual de desinfección. Cuando sólo le faltaba ir a ducharse, miró la bolsita blanca con los kiwis. Le parecieron una molotov. De dónde vendrían, quién los habría tocado. En puntas de pie se acercó, tomó la bolsita y la tiró a la basura.



**FELICITAMOS A PÁGINA 12
POR SUS PRIMEROS 33 AÑOS.**

Hoy más que nunca,
queremos que más gente se cuide.



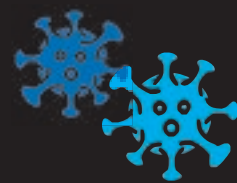


Otra cuarentena, un mundo de nómades



Afuera y adentro

POR RODRIGO FRESÁN



Ayer volvimos a entrar. Hacía mucho tiempo que no lo hacíamos. O no tanto.

Da igual.

Y lo cierto es que no hacía falta, no habían demasiadas ganas. Pero los “especialistas” y “expertos” (jamás supimos ni sabemos ni sabremos sus

quier día y yo encendí automática y reflejamente la luz que no encendió; y encendimos nuestras linternas y avanzamos por el pasillo.

Y la sala y la cocina y el baño y las habitaciones y el estudio y la biblioteca a los que ya tanto nos costaba decirles nuestra sala y nuestra cocina y nuestro baño y nuestras habitacio-

mia y ahora tiene dieciocho y ya se sabe: cuando se es tan joven las edades son casi como compartimentos estancos que se van cerrando herméticamente detrás de uno y a los que ya no se vuelve a no ser para ignorarlos. No es mi caso: aunque esta ya no sea mi biblioteca todos esos fueron alguna vez mis libros, los que leí. A

la perspectiva”, “no perder de vista la diferencia entre un territorio y otro”, “continuar avanzando hacia la nueva normalidad del futuro pero teniendo siempre presente lo sucedido en el pasado” y todo eso.

Y ya se sabe: todo comenzó con esa primera fase de la epidemia que nos tuvo tanto tiempo dentro de casa.



nombres) recomiendan entrar de tanto en tanto para no olvidar, para recordar, para no perder de vista ni de memoria cómo era eso de estar adentro antes de estar afuera.

Así que esta vez entramos mi hijo y yo (mi esposa prefirió quedarse afuera, en alguna parte del afuera). Entramos debidamente protegidos: guantes y mascarillas y gorros cubriendo el pelo y botas de caucho.

La llave abrió la puerta como cual-

nes y nuestro estudio y nuestra biblioteca.

Allí, todas esas cosas que ya no eran nuestras cosas sino que parecían piezas de un museo íntimo y privado y de las que sólo nosotros conocíamos su datación exacta y su importancia. Algunas de ellas –apenas nos sorprendió descubrirlo– ya no sabíamos muy bien para qué servían. Sobre todo mi hijo: tenía trece años cuando estalló el segundo brote de la epide-

algunos de ellos –para bien o para mal– no voy a olvidarlos nunca, voy a extrañarlos siempre. Y la tentación de llevarme alguno, de esconderlo en un bolsillo de mi chaqueta, de sacarlo al otro lado cuando nadie me vea y releerlo y recordar los viejos tiempos. Pero no: no se puede. Las autoridades han prohibido sacar cosas del adentro al afuera. Apenas se nos permiten –una vez cada seis meses– estas visitas revisadoras para así “mantener

Aplaudiendo en los balcones y gritando desde los balcones, mirando series de televisión en serie, bebiendo de más y comiendo de menos, el pijama como una segunda piel que se cambiaba cada tanto. Después, llegó la tregua y todos volvimos a las calles y muchos habían perdido sus trabajos o sus ganas de trabajar. Pero, como siempre luego de una catástrofe, la supuesta realidad (y mirando la biblioteca mira fijo un libro de Vladi-

mir Nabokov y se acuerda de que el ruso decía que la palabra realidad debía escribirse siempre entre comillas) volvió a ser más o menos normal o menos o más anormal, como de costumbre. Y la realidad no era “nueva” sino más rara pero, enseguida, se vivió como antes: todo era raro, todo era igual de raro.

El segundo brote –unos tres meses después de que se considerase extinguido el primero– sorprendió a todos aunque, en perspectiva, tuvo algo de coherente asimétrica simetría en su conducta y sintomatología.

De pronto, la gente no soportaba estar adentro, en sus casas. Tos y fiebre y diarrea y dificultades para respirar y muerte. Mucho más potente que el anterior. Pocas posibilidades de recuperarse. Y una poderosa capacidad de contagio.

No demoró en descubrirse que si uno se mantenía fuera de su casa las posibilidades de contraerlo disminuían.

Así que las personas comenzaron a irse a otros lugares. A casas de familiares o de amigos. Se canjeaban departamentos como alguna vez se cambiaban figuritas difíciles o parejas fáciles. Pero se trataba de una solución pasajera: cuando la nueva morada comenzaba a hacerse familiar, se empezaba a sentir los síntomas. Ni siquiera –cuando ya nadie se arriesgaba a hogares– los locales de fast-food o los supermercados o los cines vacíos o aeropuertos en trance conseguían distraer y esquivar por demasiado tiempo a la bacteria. Y había que irse pronto, a otro lado, a cualquier parte. Afuera, en bosques y calles y bajo autopistas, el virus parecía tener más dificultades para propagarse. Pero había que tener mucho cuidado con encariñarse con esa cueva o con ese árbol o con esa esquina. Así que carpas y bolsas de dormir desechables y esos metros donde instalarlas se dejan atrás cada semana.

Fue así como luego de tantos siglos de sedentarismo volvimos a ser nómades en círculos. Nunca alejándonos demasiado de “los sitios que solíamos frecuentar”, regresando a ellos como fantasmas asustados sin nadie a quienes asustar.

Ya no se busca una vacuna porque se teme que el virus mute y todo sea aún peor (¿tal vez el ya ni siquiera poder estar cerca de “los nuestros?”). Además, los científicos casi se extinguieron en esos laboratorios en los que pasaban más tiempo que en sus casas.

Ahora, salimos al balcón con vistas a ninguna parte.

Mi hijo casi me amenaza

–con la cortante dicción de la adolescencia– con un “Te aviso que esta es la última vez que vengo”. Yo no le digo nada. Puedo entenderlo. Pronto, él habrá pasado más tiempo afuera que adentro en su vida. Y en el futuro –los mapas no dejan de moverse, ya no hay fronteras, falta menos para que todos los idiomas se fundan en uno– su propio hijo no tendrá siquiera un punto en el mapa al que señalar como “el lugar

de donde vengo”.

Todos estarán yendo y viniendo.

Todo el tiempo.

Afuera de allá y fuera de aquí.

Y ¡Adentro! será nada más que esa palabra que se escucha –que se invoca, porque ya no hay donde enchufarse a escucharlas– al principio de esas canciones folklóricas cantándole a la patria y a lo lejos que se estaba del suelo en el que se

había nacido. Canciones de un tiempo que ya no es. Un tiempo donde se decían cosas tan extrañas como “Pasen, están en su casa” a toda esa gente que creíamos conocer o queríamos conocer y a la que hace tanto que no vemos ni oímos.

Gente que –tan lejos y tan cerca de esta zona crepuscular– llamaba a las puertas, queriendo entrar más que nada y que nadie en este mundo, afuera.



86° ANIVERSARIO
1934 - 2020

**HOY, MÁS QUE NUNCA,
REAFIRMAMOS EL
COMPROMISO
DE CUIDAR TU SALUD**

Bagó

En un contexto tan desafiante, en Laboratorios Bagó redoblamos nuestro compromiso y esfuerzo para seguir ofreciendo productos innovadores, y así mejorar tu calidad de vida. Para ello, nuestras 3 plantas productivas en Argentina están operativas al 100%, lo que nos permite asegurar un normal abastecimiento de productos tan esenciales como los medicamentos.

Bagó
Ética al servicio de la salud



Dejar de oír,
empezar a escuchar



Voces y sonidos de la pandemia

POR CLAUDIA PIÑEIRO



Al covid19 le debo una habilidad que desarrollé, en alguna de las tantas noches de insomnio: escuchar lo que antes sólo oía. Oír es percibir sonidos involuntariamente. Escuchar supone la voluntad de prestar atención a lo que se oye, la intención de comprender. Desvelada y en la oscuridad de mi cuarto, una noche empecé a escuchar. Al principio, el silencio. Pocos días después de decretado el aislamiento obligatorio, Buenos Aires, esta ciudad bulliciosa que nunca duerme, se había apagado de voces y ruidos. La absoluta falta de sonidos irrumpía en la noche, más contundente que ninguno.

De a poco, así como los ojos se acostumbra a la oscuridad y en el negro se empiezan a ver formas y matices, mi oído se acostumbró al silencio y aparecieron rupturas del vacío absoluto. La respiración de quien dormía en la cama conmigo, mi propia respiración, la gota que caía de una canilla. El auto que pasó sobre el asfalto, doce pisos debajo de donde yo estaba. El llanto que me hizo levantar y salir del cuarto a buscarlo. Caminé por el departamento intentado descubrir de dónde venía el quejido. ¿Del departamento de abajo? ¿Del balcón contiguo? Escuché los pasos de mis pies descalzos. Fui al escritorio, me senté frente a la computadora. Escuché el golpe sobre las teclas al tipear el nombre de una canción en el buscador: The sound of silence. Aparecieron las opciones en la pantalla; no elegí la versión de Simon y Garfunkel, sino una de Disturbe, de 2015. Puse el video con el sonido bajo, para no despertar a nadie. Hello darknes, my old friend. La gutu-

ral voz de David Draiman cantó con dolor, en una octava más baja que la versión original, sobre imágenes que bien podrían ser las de un mundo post pandemia. Pero mis palabras cayeron como silenciosas gotas de lluvia / E hicieron eco/ En los pozos de silencio. Fui a buscar un libro en mi biblioteca. Otra vez escuché mis pasos descalzos, el libro que se deslizó sobre la madera, las hojas que yo misma di vuelta hasta encontrar el párrafo que buscaba, subrayado con lápiz muchos años atrás: “Hablar, adoptar la singularidad y soledad privilegiadas del hombre en el silencio de la creación, es algo peligroso. Hablar con el máximo vigor de la palabra, como hace el poeta, lo es más todavía. Así, incluso para el escritor, y quizás más para él que para los demás, el silencio es una tentación, es un refugio cuando Apolo está cerca”, dijo George Steiner, en “Lenguaje y silencio”.

El silencio fue una tentación.

Pasaron los días y seguí escuchando.

El ascensor que bajó y subió en medio de la noche. La sirena lejana de una ambulancia. El motor de un auto que no

arrancaba y se ahogó. El diario que alguien, con guantes y barbijo, desplazó por debajo de mi puerta.

Escuché un golpe, continuo, periódico, sostenido. Lo había oído antes de la pandemia. Pero esta vez lo escuché: una pelota que rebotaba una y otra vez, completando un ciclo que al terminar arrancaba otra vez. Imaginé a un adolescente, aburrido, desesperado, harto de los adultos con los que estaba encerrado, descargando contra esa pared la bronca que lo envenenaba. Escuché a los vecinos quejarse, indagar quién era, apostar a uno y a otro, pedir que parara. El silencio, otra vez. Y la pelota retomando el ciclo, rebelde.

Escuché el audio de una amiga escritora que vive en Berlín, varada en la Patagonia. En el audio, ella leía un texto de Vivian Gornick: “Lo que significa para mí el feminismo”. No me pasó el texto escrito, eligió leerlo para que yo escuchara. Se lo reenvió a otros amigos y amigas para que escucharan también. Nos dio su tiempo y su voz. El audio no era público sino privado, no fue concebido para las redes. Un regalo, una joya. “Entendí lo que las feministas visionarias llevaban doscientos años entendiendo: que el poder sobre la vida propia sólo llega a través del control estable del pensamiento propio”, dijo Vivian Gornick con la voz de mi amiga. Y yo escuché. Escuchamos.

Escuché mi respiración, profunda, mientras hacía una rutina de yoga. Y palabras que no conocía: Namasté. Escuché el sonido que hicieron mis vértebras al acomodarse. Y el ruido que emití mi cuerpo, involuntariamente, en una torsión. Escuché cuencos que vibra-



HOY + QUE NUNCA
estamos cerca

Con el objetivo de
cuidarnos entre todos,
ahora contamos con envío
de medicamentos a
domicilio.

Para conocer más sobre los detalles
y alcances de la modalidad:



Línea exclusiva de
atención al cliente:
0800 666 4321
(opción 1)



Ingresando a nuestra
página web y
completando el
formulario en:
www.farmacity.com

+ farmacity



ban cuando alguien los rozaba para provocar el sonido.

Y un grillo. El zumbido de mosquitos. Escuché el aleteo de una bandada de pájaros. La lapicera que corría sobre la hoja de papel. El agua correr, al lavarme las manos una y otra vez.

Escuché aplausos en los balcones. Escuché el himno nacional desde un departamento al otro lado de la calle. Escuché batir cacerolas. Escuché “Viva Perón”. Escuché mis pasos, del balcón a la biblioteca. Y el sonido de otro libro al desplazarlo por el estante de madera: “Escribir en la oscuridad”, de David Grossman. Luego el de las hojas al pasarlas una a una hasta llegar al párrafo buscado, aquel en el que Grossman habla de la escritura en zona de catástrofe: “Y cuanto más insoluble parece la situación y más superficial se vuelve el lenguaje que la describe, más se difumina el discurso público que tiene lugar en él. Al final solo quedan las eternas y banales acusaciones entre enemigos o entre adversarios políticos de un mismo país. Solo quedan los clichés con los que describimos al enemigo y a nosotros mismos, es decir, un repertorio de prejuicios, de miedos mitológicos y de burdas generalizaciones, en las que nos encerramos y atrapamos a nuestros enemigos. Sí, el mundo cada vez más estrecho”.

Escuché nuestra propia zona de catástrofe.

Escuché la música que escucha mi hija. Y ella escuchó la mía. Bailamos con “Proud Mary” cantada por Tina Turner.

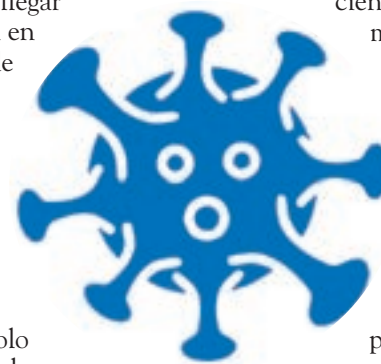
Escuché un audio de mi amigo de la adolescencia que vive en Brescia: “Pa-

san camiones con muertos apilados unos sobre otros, los traen desde Bérgamo”. Escuché un audio de mi amiga escritora que vive en Madrid: “Murió mi madre en el hospital. Me avisarán cuando pueda retirar las cenizas. Mi hermano y yo no podremos siquiera abrazarnos”. Escuché a mi traductor italiano llorar al escritor chileno que vivía en Gijón, cuando finalmente murió por el Covid. Escuché y vi un video de Zoom donde mi editor suizo y el personal de su editorial me cantaban el feliz cumpleaños en alemán.

Escuché a una mujer gritar porque en su barrio no había agua, ni lugar suficiente para aislar a los enfermos. Y porque les faltaba comida. Escuché a sus compañeros llorar su muerte por coronavirus.

Escuché otra vez mis pasos en medio de la noche. El silencio es una tentación. Las ruedas de la silla que corrí para sentarme frente a la computadora. El golpe de la yema de mis dedos sobre las teclas cuando escribí: “The sound of silence”, “Disturbe”. El piano y la voz del cantante. Los timbales. Mi voz sobre la de Draiman, traduciendo lo que él cantaba: Gente conversando sin hablar/ Gente oyendo sin escuchar/ Gente escribiendo canciones/ Que las voces nunca comparten/ Y nadie se atreve/ A perturbar el sonido del silencio.

Lloré. Me escuché llorar sobre la última imagen del video: un arca que transporta instrumentos musicales y personas sobrevivientes de alguna catástrofe, sobre aguas oscuras y humeantes, envueltos en el sonido del silencio.



Hacer las cosas bien es la mejor manera de hacerlas

Somos la primera compañía privada integrada de energía de la región. Desde hace más de 20 años invertimos, trabajamos y crecemos haciendo que otros crezcan.

Pan American
ENERGY

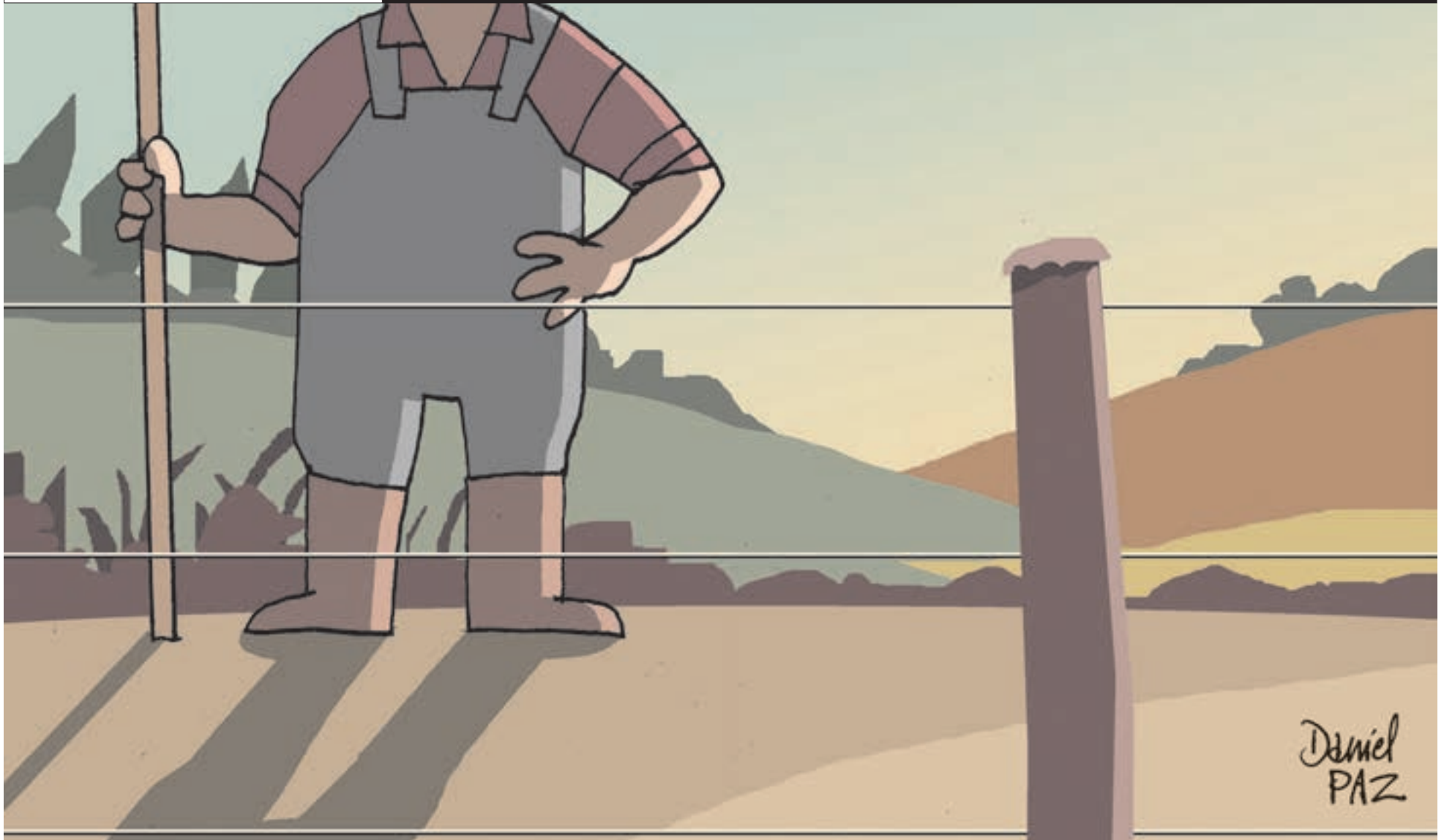


El fin del mal, el
comienzo del Mal



Una historia pospandémica

POR JOSÉ PABLO FEINMANN



No murieron todos. Algunos quedaron vivos, se salvaron de la pandemia depredadora. Eran pocos. Se juntaron en unas tierras verdes de Irlanda y Escocia. Pronto todos hablaron un mismo idioma. Pronto empezaron a trabajar la tierra y a vivir de la abundancia de esos suelos.

Parecía, sin embargo, que habían adquirido una nueva enfermedad. Eran buenos. Eran solidarios unos con otros. Eran generosos. Nadie le pegaba a una mu-

jer. Nadie se embriagaba. Nadie fundó un banco. La utopía de algunos sobre la humanidad de la pospandemia se había cumplido. Era una nueva humanidad. Había aprendido la lección de la muerte. Había que vivir en paz junto a los otros. Nadie mató a nadie.

Uno de ellos había manejado una financiera. Atrás, en el pasado, antes de la pandemia purificadora. Ahora tenía una chacra que cultivaba laboriosamente. Le gustó su chacra. El pasto crecía más verde.

Los árboles más altos y fuertes. Siempre la acariciaba el sol. Era la mejor chacra del nuevo mundo. Entonces decidió alambrarla. Puso unos alambres con unas púas feroces. Llamó a los demás, a todos los otros, se paró sobre una silla y dijo, señalando su chacra dijo: "Esto es mío. Solamente mío. No es ni será de nadie más".

Ese día, una vez más, el Mal volvió a adueñarse de la Tierra.



SALUDO ANIVERSARIO

En su 33° aniversario,
el municipio de Lanús
saluda afectuosamente
a Página 12 y a todos
sus trabajadores
y trabajadoras.



Ese presente puro

Nada

POR MARTA DILLON

Se despertó y tocó con la lengua hinchada el filo del diente roto que la había cortado. Insistió en el gesto hasta que la herida se abrió y la saliva se hizo espesa y salada. Tragó y como esquivarlas metálicas los dos fluidos juntos le atravesaron la garganta seca. Escuchó desde adentro el sonido del engranaje que había puesto a funcionar: la cara interior de las mejillas coordinaba el movimiento con el paladar y la glotis, con la base de la lengua y el tracto inferior de la garganta. Tragar era un acto intencional, sobre todo después de haber dormido el tiempo que dura la oscuridad de la noche en invierno.

Boca arriba sobre el colchón desnudo volvió a hundir el diente en el tajo que nunca dejaba que se cerrara. La sangre, más abundante, se deslizó esta vez hasta la tráquea sin dificultad. Se la representó cayendo desde esa altura al vacío, desarmándose en partículas, calmando con caricias minúsculas las quejas del vientre.

Como si estuviera de pie, como si su cuerpo pudiera desplegarse.

Los ojos abiertos en la oscuridad empezaron a ver alrededor. Se sentó y se calzó. Los hombros crujieron con el movimiento hacia atrás y hacia delante. El filo del diente hizo brotar un poco más de sangre que tuvo que recoger del labio inferior. ¿La sangre era un órgano, como la piel?

Eran enormes las lagunas de su memoria; esa inundación había sucedido imperceptible, una filtración constante de olvido como humedad, incapaz de arrasar pero persistente. Advertir ese proceso fue como caminar sobre un suelo de hojas podridas, mojándose los pies hasta que las plantas se volvieran rosadas, finitas, arrugadas. Ahora se aventuraba en esas mismas lagunas, se metía en ellas como antes en el mar, probando la temperatura.

Las incógnitas podían ser crueles como las olas, arrancarla del piso y revolcarla hasta dejarla sin arriba ni abajo. O pasaban como satélites a ritmo lento por la bóveda oscura del cielo nocturno, las observaba, las acompañaba, las dejaba seguir su rumbo sabiendo que volverían o llegarían otras dudas sin respuesta.

Mientras cumplía las acciones mecánicas de la rutina que se había inventado solían presentarse preguntas como tipeadas en un buscador. A veces las formulaba dentro de sus oídos la voz infantil de su hijo y entonces la boca se le llenaba de sal y el diente roto perforaba todavía más la lengua. Aun así, conservaba sus acertijos escolares, sus bromas, los desafíos, los “sabías qué” como si fueran gemas. No los había olvidado.

“¿Mami, sabías que las flores son órganos?”, decía y

levantaba una de sus cejas negras para que entendiera que órganos era siempre órganos sexuales. El recuerdo terminaba ahí, eso era todo lo que no se había ahogado. Lo encapsuló y lo tragó como una pastilla. Se levantó, se aseguró la tijera y la cuchara que colgaban su cinturón. Estiró los brazos para desperezarse y apoyó una mano sobre la baranda de la escalera destruida. La vibración de otros pasos que iniciaban su mismo camino se expandió por su cuerpo. Empezó a reparar, no necesi-

taba ver. Sus músculos, sus articulaciones sabían: mano, pie, otro pie, otra mano esta vez más arriba. La luz empezó a filtrarse a la altura del séptimo piso, faltaban cuatro, el pozo ciego bajo sus pies ya no le daba vértigo. Una compañera se adelantó haciendo sonar los objetos que colgaban de su cinturón, se agitaban como caireles y un golpe de metal contra metal sonó como un trino. Salieron a la terraza con la misma lógica que habían trepado, adelantando manos y pies.

En el horizonte empezaba a dibujarse una línea roja. Los cuerpos en cuclillas sobre el borde de cemento de la

terrazza extendían los cuellos hacia la promesa del sol. Había quienes se rozaban las mejillas contagiándose calor, se encendían entre sí como unidos por una resistencia eléctrica. Tomó su lugar en esa coreografía encadenada y aspiró profundo la luz del amanecer. Abrió tanto el pecho que el esternón pareció desgarrarse. Los omóplatos se unieron por detrás hasta tocarse las crestas. Todas las espaldas copiaron el movimiento, los hombros se fueron encastrando unos con otros. Un rayo de sol la tocó entre las costillas y sintió cómo una emoción se expandía, se llenaba de su aire ¿Cuál sería su nombre?

Al principio del encierro imaginaba el momento en que esa experiencia se pudiera compartir como recuerdo. El desayuno, el ejercicio, el ocio, el sexo, todo era registrable y ella cumplía con la acumulación de momentos que pasaban al archivo antes incluso de que su cuerpo pudiera decodificarlos. Quedarían protegidos en la nube, la inteligencia artificial los devolvería en recuerdo. Le daría a elegir la música: dinámica, épica o alegre. También la duración, el título y la portada. Iba a ser su legado para cuando se abrieran las puertas. El apagón tecnológico se lo había llevado todo. De todos modos, las puertas seguían cerradas.

Bajó el mentón y apuntó los ojos hacia abajo. Con el día, las estrías de plástico que cortaban la vereda en pasillos empezaron a poblarse. Podía distinguir las mínimas diferencias entre unas y otros trabajadores esenciales que se desplazaban a distancia regular. Las cámaras hacían su ronda de 180 grados sostenidas por los postes de luz. Los árboles talados les permitían una visión perfecta. Los habían cortado después de que la última camada escapó saltando de copa en copa. Ella no lo había logrado.

Levantó la cara al sol y cerró los ojos. De entre los sonidos apagados que llegaban de la calle una palabra nítida le dolió en el oído como si hubiera estallado dentro la burbuja que la había traído: “Nada”. Quiso imaginarse braceando en el mar. No pudo. Alrededor, la manada empezó a desperdigarse. Abajo los movimientos seguían su ritmo marcial. Alojó esa voz humana en los bordes secos de su memoria. La rotuló con el calor de ese momento. De ese presente puro.





POR HORACIO GONZÁLEZ



La muerte
de Ramona

Qué significa sentir dolor

Me pregunto si es posible engañarnos a nosotros mismos. Nos conmovemos. Sentimos dolor, rabia o impotencia.

¿Pero conseguimos expresar todo eso con una conmoción auténtica? Murió Ramona, la activista social de la Villa 31, alcanzada por el mal de la época, tocada trágicamente por los mismos daños a la vida que ella denunciaba. Encargada de la solidaridad en esa barriada desfallecida, conocida por las denuncias de la ausencia de agua potable, tema en general incómodo, grave casi siempre, y gravísimo en el caso de ese barrio, que desde hace décadas simboliza el vivir precario, las vidas golpeadas, la existencia reproduciendo tácticas, sigilos y recursos para sobrevivir. Entre la astucia de desamparado y la duda de qué límites hay que atravesar, si se está hundido en una historia que aplasta antes de que proteja. Murió Ramona y como toda muerte, tiene un significado que le es propio, imposible de trasladar a alguien más que no sea la que la sufre. Pero también es una muerte social, un destino aciago que se venía acomodando sigilosamente -durante años-, en actos y decisiones tomadas en despechos gubernativo, empresariales, oficinas de planificación y ámbitos políticos que discuten sobre políticas urbanas y asentamientos territoriales.

¿Cómo sentimos ese dolor? No es el de un allegado, un pariente, un amigo o amiga. La habíamos visto en las imágenes de los medios de comunicación, pidiendo las reparaciones del caso por las deficiencias de un servicio básico en una gigantesca pero frágil urbanización, siempre en la mira de las topadoras que laten en el inconsciente municipal. Además, pertenecía Ramona, a un grupo de sostén de las vidas desguazadas, la Garganta Poderosa, y por eso, lo que la

arrasa es lo mismo contra lo que ella alertaba, el contagio que venía de lejos, pero en que la villa hacinada podía pasearse sin límites por sus callejuelas medievales, cruzadas por el cablerío enmarañado y la invitación al estrago del gentío que se apretaba tras quebradizas puertas. En los aviones ese estrago podía ir de punto a punto. En la Villa, cosecha.

La Villa 31 o Barrio Mugica tiene sonoridades históricas, no de una sola, sino de varias, muchas historias. Se puede decir que todas las tensiones territoriales de la ciudad, los flujos habitacionales heterogéneos, las biografías tan desiguales, los dispares efectos económicos, el valor de los terrenos, las terminales de ómnibus y de ferrocarril, el puerto, las grandes autopistas elevadas, convergen en lo que, en el país portuario, antes fue un gran descampado. Esos terrenos se convierten en un imán de los expulsados de sus días, de los huérfanos de toda pertenencia, que se sitúan en las viviendas inmigratorias, siempre de paso, aunque el paso dure demasiado tiempo. Y que se engrosan con cada vez con más migrantes. Para localizar y fijar en el plano de la ciudad, se le puso al aglomerado habitacional donde vivía Ramona, el número 31, fruto del conteo de algún funcionario que confeccionó una planilla de áreas anómalas, con expulsiones y relocalizaciones. Pero su historia tiene casi un siglo y hubo mutaciones poblacionales en oleadas, a las que le seguían desalojos, promesas y desidias. Que el Padre Mugica, un muchacho de la calle Gelly y Obes, con la sensibilidad del cristianismo primitivo, castigado por la Iglesia haya sido enviado allí como reprimenda, significaba también una señal que seguramente el cura Carlos interpretaba como un signo promisorio, una señal que fundía en una sola tonalidad el sa-

crificio y la esperanza. Cuando Perón volvía al país, fue a visitarlo personalmente en la capilla Cristo Obrero.

Hay pocos vecinos, seguramente, que cargan la memoria de las anteriores camadas sucesivas de habitantes que fueron poblando y repoblando. El nombre de Mugica, el sacerdote asesinado, el hombre llorado, sobrevuela quedamente la Villa, que es una sola, desde siempre, y que en todo momento, es otra. Nunca dejó de ser un importantísimo nudo testimonial de la ciudad, su máscara invertida. Sus pasadizos irregulares, son la contracara de las grandes Avenidas, sus edificios como dados azarosos, encajados en pilas de a cinco con milagrosa inexactitud, remedan por la inversa las casas bien ensambladas de Flores o Caballito, a las que le dan la espalda. Su techumbre de cables aéreos se asemeja a los de una central eléctrica en construcción, sus coloridas superficies pintadas por la oficina turística municipal, caricaturizan lo que esas mismas agencias hicieron en La Boca con en esas viviendas de chapa, que son la nostalgia ahora encuadrada en la historia política, financiera y futbolística del club que toma el nombre del barrio.

En la Villa 31 no hay nostalgia, aunque hay una historia secreta, de sangre y barro, de movimientos sociales y también de la tasación financiera de los metros cuadrados, el dorso irregular pero igualmente inescrupuloso del pensamiento de las inmobiliarias de Palermo o Puerto Madero. En el envés de Buenos Aires, replicándose a sus espaldas como una aldea de infinitos migrantes sudamericanos, nuestros nordestinos, que traen la albañilería, la Pachamama, el sueño restante de las comunidades deshechas, el servicio doméstico, los oficios desclasificados, la transgresión de riesgo y el juego de la trágica ilegalidad produc-

tiva. Desafío para la teoría política democrática y para el urbanismo práctico de la igualdad social, a las villas que no hay como nombrarlas. ¿Con un número? ¿Con la palabra consoladora comuna? ¿Villas de emergencia, con un eufemismo piadoso? ¿Con una acusación social, "villas miseria"? ¿Con un jeroglífico matemático: "1. 11.14?"

El virus tiene cierta ceguera, se siente científico y neutral. Pero la vida que tiene, si es que la tiene, olfatea allí donde está la acumulación de vidas que pagan mucho más caro por tener sus existencias degradadas por el capitalismo financiero e inmobiliario, el abandono clasista a la que los someten los políticos que muestran la misma sensibilidad con la que el primer día un usurero trata con simpatía a sus futuras víctimas y la llamada "bancarización" que capta a sus clientes hasta en los últimos lodazales. Son datos, insumos inmejorables que al principio prefirió la cabina de Air France y ahora la casilla donde entra el aire hacinado de la Villa.

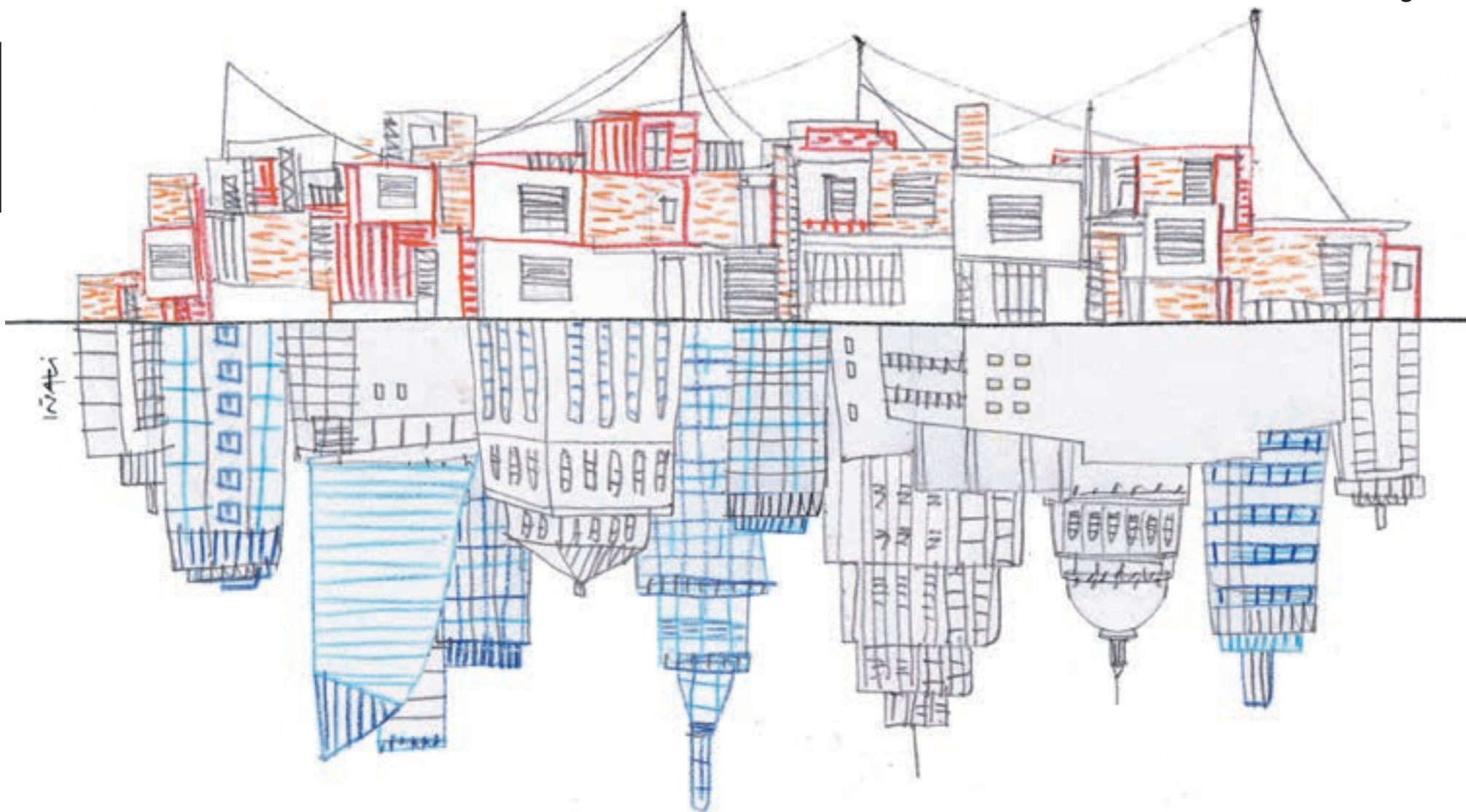
Ahora, diciendo esto, volvemos a Ramona, su familia, la hija discapacitada, la vida apretujada, con su vocación social extraída de un trasfondo humano al que la ruina de una sociedad brutal no consiguieron apagar. Fue alcanzada por la flecha mortal del virus, que sabemos que tiene proteínas y grasa y una guía sociológica para insertarse allí donde una ciudad entera, sus autoridades, han dejado su huella irresponsable, su fenomenal descuido. El dolor por Ramona entonces fue sentido muchas veces, se podría decir que hay y hubo muchas Ramonas, muertas en el seno de una extensa culpa social ¿Pero y el dolor? No puede ser solo social, genérico, universal. El dolor por el humano injusticiado, por la víctima desfalleciente, sin embargo, nos llama a un sentir único, cuyos bordes no distin-



REFORZÁ TU ALIMENTACIÓN CON ACTIMEL.

CON 10 MIL MILLONES DE PROBIÓTICOS L. CASEI, VITAMINA D Y ZINC.

REFORZÁ TU ALIMENTACIÓN CON ACTIMEL. LECHE FERMENTADA ENDULZADA PARCIALMENTE DESCREMADA CON PREPARADO DE MULTIFRUTAS FORTIFICADA CON ZINC Y VITAMINA D LIBRE DE GLUTEN. ACTIMEL – ASÍ COMO OTROS PRODUCTOS ALIMENTICIOS PROBIÓTICOS – NO ESTÁ DISEÑADO PARA PREVENIR O CURAR INFECCIONES INCLUYENDO EL CORONAVIRUS.



guimos fácilmente y sus singularidades tan dramáticas solo le pertenecen a un único dolor irreplicable.

Pero como dolor, es también un legado. Nos sentimos involucrados y temerosos. Es una muerte de una vida que apenas nos llega de lejos, levemente intuida. Nuestro dolor no puede ser entonces ni profesional —el que sentiríamos en todos los casos—, ni una actuación sociológica, poniendo categorías de análisis sobre el sistema social que descarga sus golpes más profundos en los que más profundamente viven en el estrato más masacrado por la razón de tecnología ur-

bana atrocamente desigual. Tejida con los hilos insaciables de las finanzas plasmadas también en esos pasadizos y cubos de cementos enroscados de escalerillas.

Pero no podemos decir que Ramona murió por una corrida bancaria hecha virus, por un vaivén financiero planificado por un fondo de inversión vestido de microbio, por un bacilo enviado por Black Rock. No debemos hacer fácil nuestro dolor, para no hacer fácil nuestras recusaciones, nuestras antipatías, nuestros repudios. La significación del dolor tiene su reclamo irreductible, cuando verificamos bien que lo tenemos en grado de la-

mento esencial, de lágrima que quiere evitar ser metáfora.

Entonces damos vuelta el rostro y miramos alrededor, vemos a eso que se llama CABA, como si al usar ya el nombre administrativo de la Ciudad, ya se colocara a los responsables de sus heridas dolientes dentro de una abstracción que los exime de culpas, y escuchamos decir que el virus no distingue, que la enfermedad no significa que una política de gobierno regule a una errática biología. Y como ya casi todos decimos CABA o AMBA, la mudanza de vocabulario en favor de los diccionarios geotécnico-territoriales, ha-

cen de las muertes sociales un hecho estadístico en una unidad de análisis de tal o cual dimensión. Y no. Si aquí lo que importa es el dolor íntimo, irrevocable, también existen las culpas sociales, que alojadas en nada utópicas oficinas de gobierno de la urbe, se van diseñando, amasando en el espacio y en el tiempo, hasta que un día inexorable las estadísticas burocráticas revelan el nombre elegido. Ramona. Porque además de ser una muerte suya irreparable, es también una muerte social. Y dicho sin imprecación, sin furia ni blasfemia, donde hay muerte social, hay culpa social y política.

¡FELIZ ANIVERSARIO!

—

EL MUNICIPIO DE ALMIRANTE BROWN SALUDA
AL DIARIO PÁGINA 12 EN SU 33° ANIVERSARIO

#SomosBrown

ALMIRANTE
Brown



Lo inesperable en la
vuelta a la normalidad



Levántate y anda

POR CLAUDIO ZEIGER



Cuando llegó el día después abrió cautelosamente la puerta del departamento y deslizó la vista a lo largo del pasillo. En los últimos veinte meses, la vecina del B, simpática, linda y abstemia (tristemente revelaba que todas las botellas del piso que se acumulaban en el cuarto de la basura eran suyas, maldita ninfa) había dejado sus zapatillas en la puerta. Parecían esperar a los reyes magos, que como las especies animales que se le animaban al hombre retirado de los espacios públicos, habían vuelto a recorrer la tierra en sus fatigados camellos milenarios. Siempre se había enterado al ver las zapatillitas ahí quietitas. Ahora ya no estaban, y había vuelto ese felpudo sospechoso de los días antiguos. Cerró la puerta.

Como corresponde a una persona que quiere volver a conectarse con el mundo real lo más rápido posible, lo primero que hizo fue prender la computadora.

Tenía dos notebooks, dos celulares. Había quedado solo en el departamento, aislado de su amante, de sus hijos, de su novia y de su peluquero. Ahora, sí, la

vida iba a recomenzar. ¿Qué hacer? Sentía el arrítmico galope de la vida en su pecho, brincaba el corazón. Pero el cuerpo estaba pesado.

Se había levantado fatigado como tantas veces anteriores. Siempre que abría los ojos, y antes de encender el celular, rigurosamente apagado durante la noche a pesar de todo, ya que se había propuesto no cambiar de hábitos, se recitaba a sí mismo: “Cuando se despertó el dinosaurio todavía estaba ahí”.

La mañana, casi mediodía, del día después, masticó la palabra dinosaurio más rápido que de costumbre y saltó de la cama sin darse tiempo a quedarse pegado. Se sacudió. Se sintió levemente febril. Tragaba bien. Respiraba relativamente airoso. No tenía fiebre a pesar de la sensación febril. La fatiga fue cediendo entre el baño y la cocina. Tomaba un té y mientras lo tomaba ya preparaba mate, y esa combinación lo iba sacando de la lasitud. La mañana casi mediodía del día después la fatiga empezaba a disolverse detrás de una estimulante combinación de adrenalina y miedo ansioso.

El ansia, se repetía, el ansia, y respira-

ba frente a los espejos.

Sentado a la mesa de madera con la notebook ya prendida tuvo un sentimiento de vértigo nauseabundo (había sentido una leve náusea varias veces al día durante semanas) que controlaba simplemente no prestándole atención, no dejando de comer ni de tomar mate, te, agua, vino y cerveza, y empezó con el recorrido de noticias verdaderas, falsas y de las otras.

Una palabra que no era dinosaurio retumbaba en su cabeza cuando le llegó al celular un watsapp. Era un aviso de la obra social paquetona que había logrado mantener a flote. Le avisaban que debía cambiar todas sus contraseñas. El mensaje era amable pero perentorio. Lo tuteaban: decía algo así como de ahora en más, para poder usar tu credencial digital y tramitar todos tus puntos insumos que te seguimos proveyendo con recetas y órdenes pedefeadas por médicos a los que les viste la caripela por videollamada, pues bien, cambia todas tus contraseñas.

No terminaba de horrorizarse ante aquella cuestión (la frase más temida por

Felicidades por compartir desde
hace 33 años el mismo objetivo,
estar presentes todos los días.
Página 12





él en los últimos años de digitalización había sido “¿olvidaste tu contraseña?”) cuando entraba un mail de una de las tres compañías proveedoras de servicios mixtos de telefonía fija/móvil/ wi fi/ teléfono digital/cable, /youtubers SA/etcétera avisándole que a partir de hoy (hoy: el día después) debía cambiar todas sus contraseñas porque de otro modo, quizás, se cortaban los servicios

porque no podría ingresar para abonar o consultar algo o pedir reparaciones oh ah a domicilio. En la próxima hora, ese mismo “pedido” de cambio de contraseña le fue llegando de todos los servicios que había contratado antes o después y que se habían convertido en un festival de campos de espera y contraseñas. Cuando se hicieron las dos de la tarde, hizo la cuenta: debía cambiar veinticin-

co contraseñas.

Lo mejor sería despegarse de la computadora, levantarse y salir con o sin barbijo (no estaba muy claro todavía, en la ciudad de Buenos Aires las instrucciones solían cambiar varias veces en el día) ya que tenía toda la libertad para hacerlo, y hasta donde había llegado a vislumbrar el capitalismo todavía no había caído, así que imperaba la más irres-

tricta libertad individual de cagarse la vida como quería. Pero no pudo. Quedó atrapado como tantas otras veces, cuando un trámite digital se complicaba y en vez de tomar aire y hacer una pausa estratégica, era ganado por la zumbona insistencia del moscardón, embistiendo una vez más contra el error insondable o el rebote insensible.

Volvían los síntomas, parejos, leves, en sordina, uno a uno, amontonados, todos los síntomas convenientemente reprimidos a lo largo de semanas, en el pecho, en la garanta, en la nuca y en las piernas. ¡Levántate y anda! Se ordenó. Pero no pudo hacerlo. Igualmente, pensó que Lázaro era una muy buena contraseña, imposible de olvidar. Y “levántate y anda” una orden perentoria que estaba bastante feliz de tener que obedecer.

PAG 12

33 AÑOS DE REALIDAD, DICRIENDO LA VERDAD

EL MUNICIPIO DE MERLO BS. AS. SALUDA A TODO EL EQUIPO DE PAGINA 12 EN SU **33º ANIVERSARIO**



GOBIERNO
DEL PUEBLO
DE MERLO

INTENDENCIA
GUSTAVO
MENÉNDEZ



MERLO
BUENOS AIRES

CON VOS, SOMOS GRANDES.

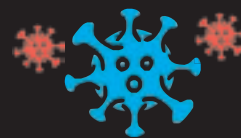


Un loop, un viejo protector de pantalla de las viejas PC



Licaón del post

POR MARINA GLEZER



Esteban se paró a hablar con el gordo Suárez en la esquina de la farmacia, él le da siempre las recetas del clona. Los autos pasan rápido por Avenida Cabildo. Yo estoy contemplando la vida, como si fuera el jugador de fútbol al que estoy moviendo desde un mando de consola de juegos. Si tengo que meter un gol, voy y lo meto. Solo si presiono los botoncitos de cuadrado o círculo. Pero ya no es igual, ni sé si es real o virtual, el asunto es sostener el juego.

Esteban —le digo, seca y con firmeza—. Me estoy angustiando.

Todo va para atrás y para adelante, como una vorágine. Pienso en el Trinchero, el jugador que mataron. Pienso que si el chorro le pedía la bici, él se la hubiera dado. Justicia poética estoy buscando en el devenir. Esto ya pasó, ya nos pasó. Somos muchísimos menos en la población del mundo, y veo humanos pero no humanidad. ¿El hombre es amigo del hombre?

Mi abuelo se escapó de la guerra en un barco a los catorce años, mi abuela de los nazis, y la Rochi, mi amiga del barrio, de su padre abusador. Escapistas

como Houdini. Pero... ¿y la magia? La última vez, fue en el pogo del Indio, como holograma, con Los Fundamentalistas del Aire Acondicionado en el Estadio de Malvinas Argentinas. Me doy cuenta de que estoy colgada en mis pensamientos nostálgicos de lo que ya fue, con la mirada fija en la panza que Esteban se echó con toda la polenta y los fideos que morfamos en el aguante, porque aguantamos. Ya ni para puchos, buscando bolsones. Despidiéndonos de gente. Mientras camina hacia mí, me detengo en que su panza me resulta sexy. Se lo diría. Pero tengo una angustia que me apaga el deseo de hablar, fue el exceso de barbijo. Trata de besarme pero yo lo evado y la situación deja expuesta la torpeza de sus movimientos, sus taras para abordarme, la indisimulada tosquedad para que el beso se nos caiga, boca a boca, con la gracia de dos que se desean. Se enoja pero lo ignoro. Arrancamos como quien huye de algo aunque sepamos que ese escape termina en el encierro de casa, donde reventamos siempre. ¿Será que todos los post son traumáticos? Post parto, post pandemia, posteo. Ja. Me río sola. Me digo,

además: “tranquila, mi amor, no tenés plata, no tenés trabajo, pero ahora te vas a tomar una pastilla que te seda los sueños y las pesadillas. Y la injusticia, que les preocupe a otros. A esos que tienen resto para mas preocupaciones”. En la calle, los perros caminan porque ya no tienen dueños. No hay más taxis. Y los abrazos desaparecieron por completo, como el pogo y los roces. Sólo puedo tocar a quien ya había elegido tocar desde antes, en una histórica elección. Entonces, si me canso de lo conocido, ¿seré una amenaza para lo nuevo? ¿Qué mierda estará pensando Esteban mientras yo cabildeo alrededor de la repulsión que me causa el polvo que nos echamos ayer, hartos de nosotros mismos y de nosotros dos pero, a su vez, sedientos de algo que se parezca al placer en medio de la ruina. Esteban frena de repente y me toca el hombro. Mira hacia la vereda de enfrente. No entiendo, para variar, qué pasa. “Vamos, reina”, me dice pasando su brazo por detrás de mí y tomándome de la cintura. La respuesta que pienso, sin decirle, es “¿adónde?”. No hay “dónde” porque en este después pesa el antes. Y

yo, estoy frita. Un apocalipsis interno. Un desierto sonoro. La caminata se vuelve lenta, onírica y espontánea. Empezó a escuchar una música desde un balcón lejano y sin querer, él y yo, empezamos a sacudirnos como si estuviéramos bailando. Me da su meñique, que entrelaza con el mío. Como antes, como siempre. Esteban mueve un poco los brazos y yo las caderas, me mira, cómplice, y sonrío. Caminamos por la avenida. El, con el blíster en la otra mano; yo, abrigada con un polar y un pañuelo palestino. De un momento a otro, siento un palazo en el omóplato. Y al darme vuelta, veo cómo Esteban cruza una piña hacia atrás. El golpe me tumba, caigo con un dolor intenso al piso, de frente. No puedo ver. Nada. Me mareo. Todo se apaga por unos momentos. Esteban cae al lado mío. Lo miro fijamente. Veo que sangra. Porque la sangre viene viajando hacia mi cara. Es de noche. Veo flashes. Pero tengo la mirada fija de él sobre mí. Reacciono. Me levanto, y observo alrededor. A lo lejos, detecto dos pibes corriendo. Esteban sigue tirado en el suelo. Una cartonera se detiene con su chango, me pre-

newsan

Felicita a **Página 12** por su 33° Aniversario de periodismo independiente, defendiendo el valor de las ideas.

NOBLEX ATMA PHILCO SIAM SANYO DURACELL BOSCH Cuisinart
REVLON BRAUN Pioneer CONAIR JVC BATTLE newsanfood SANSEI

gunta si estoy bien. No. Es que no estoy bien. Nada está bien. ¿Puede ser que nos hayan lastimado así por un blíster de Rivotril y la única persona que se detiene es alguien que está peor? No quiero pensar que está peor para sentirme menos mal, pero lo hago igual. Intento volver a donde estaba y miro a Esteban, que tal vez está muerto. Le digo a ella “gracias”, como única emisión de sonido. La música que venía escuchando suena con más intensidad. Me acerco a ella, que ya está asistiendo a Esteban, atándole su trapo a la cabeza. Y recuerdo, vagamente, que ya pasamos por eso, que ya me pegaron en el omóplato, que ya caímos, ya estuvimos sobre baldosas meadas por perros de la calle, ya nos rescatamos, ya salimos adelante y volvimos a lamer la misma bosta. Fue hace años, fue ayer... será mañana otra vez. La vida, nuestra vida, es un loop, un viejo protector de pantalla de las viejas PC, una desgracia que se tilda y te deja así, tal como estás. De pronto, me siento aguda para encontrar las preguntas que apenas regurgitaban dentro mío como una náusea intraducible hasta recién. ¿Cuándo falló el plan? ¿Cuándo se con-

virtió en manifestaciones monstruosas la gilada que soñaba? Las voces del pasado me pican la cabeza por dentro, el eco de las promesas que me hice torna ineludible el peso de lo que incumplí. ¿Hasta dónde eran mías esas voces? ¿Cuánto de lo que me proponía procedía de lo que yo quería o cuánto de lo

que yo quería no obedecía al guión que habían escrito para mí los dueños de todas las cosas, con derechos de autor incluidos? No entiendo por qué nos pegaron. No termino de saber qué pasó. Un patrullero pasa despacio y los ratis me miran con desprecio, como si la escena fuera parte de la nueva normalidad.

Casi puedo sentirles la respiración, adivino en la espesura de la noche el hilo de baba que cada licaón destila en jauría pero se traga con pudor cuando tiene que comer de la mano del amo. Me doy cuenta que no van a parar, y que tampoco los necesito. Siguen su ruta sin bajarse del auto. Elijo el mismo rechazo hacia ellos, como último gesto de insubordinación y reciprocidad. Todo me da rabia, no puedo nada, no quiero, no me gusta. Esteban vuelve en sí. Trasluce un odio sideral en sus pupilas. Quiere matar mientras la cartonera le hace mimos. Reflexiono sin saber en qué tiempo y espacio me encuentro pero siento un zumbido profundo y un dolor de cabeza brutal. Nada hay en la nueva normalidad que sea mejor a nuestra vida pasada.

Nada, para nosotros aspirantes sin más que un terciario y desclasados como somos, a vivir una vida plena, centrada en el disfrute. La cartonera me sonrío. No tiene dientes. Le pregunto su nombre.

“Marta”, me contesta.

—Así se llamaba mi mamá —le digo.

Me río, porque enseguida siento la voz del tarado ensangrentado que le dice: la mía también.

Le doy un abrazo, lo ayudo a levantarse, y rengueando empezamos a caminar.



Cuando le damos sentido a la tecnología vivimos otro tipo de conexiones. Pasamos de la selfie, a la foto grupal. De chatear, a conversar. De los Me gusta, a los me gustás. Y en vez de compartir stories, compartimos historias.

Es cuando las conexiones se vuelven más humanas.

movistar

MÁS INFORMACIÓN EN: WWW.MOVISTAR.COM.AR



Pandemia, cambio climático, fobias



Los juegos del miedo

POR MARTIN PEREZ



Creo que fue Joe Hill el que contó alguna vez un juego que solía desarrollarse en su hogar durante las comidas, donde uno de los integrantes de la familia presentaba el comienzo de una historia y los demás no podían levantarse de la mesa hasta encontrarle un final apropiadamente inquietante. Más que un juego parece en realidad la naturaleza de la trama que efectivamente termina construyendo cualquier familia durante ciertas idas y vueltas de sus vidas, pero ayuda a entender de lo que está hablando Hill cuando se tiene en cuenta que todos en su casa eran —o terminarían siendo— escritores, tanto su madre Tabitha como su hermano menor Owen, y especialmente su padre, nada menos que un tal Stephen King.

Por estos días le preguntaron a Papá Stephen por aquel juego y, además de confirmar que era justamente a su hijo Joe al que más le gustaba jugarlo, aceptó espontáneamente el desafío de volver a ceñirse a sus reglas. El periodista puso en escena al protagonista: un obsesivo de la limpieza enclaustrado en su hogar durante la pandemia, que se está quedando sin comida, tiene el teléfono roto y no puede pedir nada online porque los turnos están todos tomados. El escritor tomó la palabra y como primer paso subrayó que el protagonista tiene realmente pavor de salir a la calle, se lava las manos compulsivamente, y desinfecta una y otra vez todas las superficies. “Así que está todo bien, piensa el hombre. Pero tiene hambre”, explicó King. “¿Qué puede hacer al respecto? Es entonces cuando empieza a mirar a su alrededor, llamando a su perro: ‘¡Fido! ¡Vení acá, Fido!’”

La primera vez que recuerdo haber tenido miedo por el fin del mundo fue cuando me enteré que el sol estaba condenado a apagarse. La angustia me duró hasta que el niño que era entonces entendió que faltaban millones de años luz para que eso sucediera, o sea que no iba a estar acá para experimentarlo. Supongo que fue a partir de esa convicción que me permití disfrutar acompañando a quienes —ya sea en los libros, la televisión o el cine— imaginaron algún tipo de variación sobre el fin del mundo. Fue relativamente hace muy poco que comencé a sospechar que formaba parte de una generación que, efectivamente, iba a terminar experimentando alguno de esos acontecimientos hasta entonces sólo imaginables dentro del universo del cine catástrofe.

Confieso que, a la manera de los que se sentaban en la mesa con el buen Stephen, los escenarios con los que solía especular no sólo eran más que posibles, sino también convenientemente contundentes: el descongelamiento de la Antártida, con el consiguiente au-



mento del nivel del mar en todo el mundo; o un brote masivo de ébola, esa enfermedad a la que ninguna industria farmacéutica se dedica porque sólo se experimenta en los países más pobres de África. No soy el único: apenas unas semanas antes de la aparición de nuestro actual destino pandémico hubo quienes disfrutaron jugueteando con el destino final de un meteorito que, según avisaba la Nasa, pasaría demasiado cerca de nuestro planeta.

La Antártida se sigue derritiendo y el brote de ébola, que estaba sin control hace un año en la frontera entre Ruanda y la República Democrática del Congo, debe seguir igual; sólo el meteorito pasó y siguió de largo. Y la pandemia, a la manera del dinosaurio de Monterroso, sigue ahí cada vez que nos despertamos. Y nos dormimos. Y nos volvemos a despertar. Nuestra cotidianidad vive en pausa, sí, pero al mismo tiempo la historia se acelera. Como Rip Van Winkle, aquel hombre que durmió una siesta demasiado larga, cuando podamos retomar nuestras vidas el mundo será otro. Y, qué duda cabe, también se-

guirá siendo el mismo. Por eso es que la fantasía de H. G. Welles sigue vigente más de un siglo después, y la Tierra vuelve a vencer a sus invasores gracias a lo más pequeño que tiene en su arsenal. Sólo que en esta Guerra de los Mundos esos invasores no llegan de otros planetas, sino que hace tiempo que caminan sobre esta tierra.

Se puede pensar, también, que hay algo de generoso y brutalmente pedagógico en el presente que nos toca en suerte. Es como si nuestro planeta hubiese elegido avisarnos primero, darnos una oportunidad, ayudarnos a salir de una negación que, como especie, nos estaba conduciendo hacia la catástrofe. Si lo difícil de enfrentar una crisis como la actual es que el efecto de cualquier decisión se sabe recién quince días —un ciclo de contagio— después, qué decir del calentamiento global, donde el punto de no retorno está demasiado cercano. Pero los resultados se verán recién en décadas, e incluso siglos, y sucederán indefectiblemente, a pesar de cualquier otra cosa que hagamos. Con nuestra inmovilidad nos es-

tábamos condenando a ser como esos conductores de tren que cuando alcanzan a ver que alguien se cruza en su camino ya no pueden hacer nada por detener su marcha, y deben ser testigos de la tragedia desde una cruel primera fila. Sólo que en este caso estamos, al mismo tiempo, tanto al volante como sobre las vías.

Mientras, desde una primera fila semejante, nos sentamos a ver qué termina haciendo nuestra sociedad con el tiempo concedido, es imposible no tentarse con ese juego que fascinaba a Joe Hill durante su infancia. En especial en un mundo tan acostumbrado a entretenerse con historias del apocalipsis. En estos últimos días, mi preferida es la de una sociedad tan ansiosa y apurada por conseguir una vacuna contra el mal que la mantiene encerrada, que se saltea los controles científicos y termina inoculándose colectivamente una sustancia que, tal vez, termine convirtiéndose en algo más que metáforas tantas sagas exitosas sobre zombies e inviernos eternos acercándose.

Pero cada vez que cedo a la tenta-

ción de querer imaginar lo que vendrá, me obligo a recordar que concentrarse en el presente es lo que mejor permite atravesar el día a día, y que nadie pudo adelantarse a esta realidad que hoy nos rodea. “Esto no es un juego, Loco: estamos atrapados”, decía la canción. Ante la trampa, entonces, no hay que dejarse inmovilizar por las certezas más oscuras de eso que parece ser fruto de la razón, pero que en realidad es apenas el fermento de la duda. “A esta altura está claro que lo peor no es lo seguro, y que lo improbable puede suceder”, subrayó Edgar Morin en una entrevista aparecida por estos días que, sin darme cuenta, me he descubierto repitiendo incluso en mis conversaciones más cotidianas. “En el combate titánico e inextinguible entre esos enemigos inseparables que son Eros y Tántatos, es saludable y energizante ponerse del lado de Eros”, agregó el viejo filósofo, que seguramente sabe más por viejo que por cualquier otra cosa. Y que a esta altura debe tener claro que el escepticismo tal vez garpe, pero nunca habrá a quién cobrarle.

CUIDANDO A QUIENES NOS CUIDAN



Cumpliendo con el aislamiento social, preventivo y obligatorio seguimos trabajando por la defensa, protección y promoción de los derechos de los vecinos y vecinas de la Ciudad y cuidando a quienes nos cuidan.

DEFENSORIA
@DEFENSORIACABA
0800 999 3722
DEFENSORIA.ORG.AR


Defensoría del Pueblo
Ciudad Autónoma de Buenos Aires



Sobre el uso y
consuelo de
Dante Alighieri



Pandemia y vacuna

POR ENRIQUE MEDINA



Hoy es un lindo día. La sorpresa fue para todos. Nadie estaba prevenido. Tremendo luchar contra un enemigo invisible. Y peor si se desconoce su poder. Prendo la radio. Tengo que caminar porque si no lo hago siento frío en las piernas. ¿Voy a cobrar mi jubilación o no? ¿Me animo? Cuando se me terminen las frutas deberé salir. Se me está terminando el alcohol en gel; puedo aprovechar para ir a la farmacia. De paso veré si cambiaron el cartel donde piden que hagamos cola dejando metro y medio de espacio. En el final del papel habían escrito en grandes letras

leradamente? Siempre que aparece Trump en la Televisión asusta con su cara de espanto; hasta parece que el jopo se le quisiera desparramar. Trump y Bolsonaro, un solo corazón.

Salgo con barbijo. Sufro al ver mis queridos bares cerrados. ¿Podré volver a sentarme, pedir un café y leer el diario? Tengo suerte: hago la cola y puedo retirar dinero del cajero automático. Voy a comprar alcohol en gel. El cartel con la S sobrante sigue orgulloso en la puerta. De bronca, me voy. A la boliviana le compro verduras y frutas. Vuelvo. Los porteros no usan barbijos. Cierro la puerta y me lavo las manos.

Que el agua la hierva; y que no use la caliente que sale de la canilla. Le respondo que me parece medio burdo eso y que en tal caso sólo compraré caramelos para la garganta y nada más. Veo gente en los balcones. Una hace ejercicios con pesas de mano. En la terraza roja un padre juega a la pelota con sus dos hijitos. En otra una pareja toma mate. Ayudado con un bastón, un anciano camina en su balconcito. En radio repiten la posibilidad de que la cuarentena se prolongue quince días más. Esto se está poniendo pesado. En aquel balcón una mujer lee un libro. Las pymes reclaman que la economía se vaya reiniciando de a poco. Los

apago. Voy al living y veo los libros. ¿Para qué acumular libros?, me dijo Adolfo mientras yo admiraba su monumental biblioteca. Y sí, es un congelado elefante blanco hinchado de ensayos, novelas, cuentos. El cálculo que hizo Diego fue que yo tenía unos seis mil ejemplares. Alquilé un local y puse una librería, me dijo. No es una mala idea. Voy a la sección de ensayos y busco un título que me atraiga. Lo mismo hago en poesía y arte. En narrativa están casi todos leídos. Igual reviso, por si encuentro alguno que me atraiga. Ordeno los que están fuera de abecedario. Pilas que se van formando sin que uno se dé cuenta.



de imprenta: “¡Cuidémosnos!”. Veremos si le sacaron la S sobrante. Se miraron raros cuando les señalé la falta ortográfica. También hay una publicidad radial en la que el locutor comete el mismo error. Y ni hablar de los zócalos espantosos de la televisión, sólo molestan; ¡urgente!, ¡último segundo!, ¡ya-ya! Mucha gente llama a las radios pidiendo solución a sus problemas. Parece que el presidente mexicano volvió al equilibrio al aconsejar a sus compatriotas que se queden casa. ¿Lo habrá hecho por cuerdo o porque las encuestas de popularidad bajaban ace-

Italia sigue sumando muertos, pero bajan los contagios. Bueno, algo es algo. Annabel me llama por WhatsApp. Charlamos. Ella, recostada en la hamaca, me muestra el hotel donde está recluida. Veo la playa. Le digo que la veo algo tostadita. Me dice que toma sol y todos los días apenas se levanta se baña en el mar, y luego desayuna. En Vietnam la gente sale sin problemas. Usan barbijo y guantes. Son muy disciplinados. Es muy bajo el porcentaje de contagiados, y no han tenido muertos; ni uno. Antes de cortar me repite que me cuide y que haga gárgaras con agua caliente.

jugadores de fútbol aceptaron rebajas en los sueldos. Como todos los días, en la terraza que mira al río aparece el pelado con bigotes; despliega la silla de viaje y se recuesta a tomar sol. Prende el cigarrillo y le hace un corte de manga al coronavirus. El gobierno yanqui reitera que distribuirá más millones de dólares para que el pueblo soporte la pandemia. La Reserva Federal trabajará a destajo. Unos meses antes de la pandemia, mi amigo Luis decidió radicarse en España; sin imaginar lo que se venía. Cuidate Luisito. Tengo que dejar de escuchar radio. Sólo suman muertos. Pero no la

Los voy ubicando en el anaquel correspondiente. Hay uno forrado que no recuerdo. Lo abro. Obras completas de Dante Alighieri. ¡Y bilingüe! Me sacude el hallazgo. Lo tenía olvidado. Fue un regalo de Denevi. Nunca pude hincarle el diente pero es la mejor traducción al español, me dijo. A él se lo había regalado una admiradora madrileña. Versión castellana de la Universidad de Salamanca. 1956. Esta *Divina Comedia* me estaba esperando. Las cosas tienen su tiempo. Siguen los muertos, siguen los llantos. Y yo encontré mi vacuna: al leer a Dante Alighieri arrasaré mi pandemia.